

LA SEMANA ILUSTRADA



10 CENTIMOS NÚMERO 97.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—La vampiresa, por Emiliano Ramírez Ángel.

Ayuntamiento de Madrid

(Léase en las planas 2.^a y 3.^a de este número.)

La Semana Ilustrada

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III.

Madrid, sábado 6 de Marzo de 1909.

Núm. 97.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA **LA VAMPIRESA** POR EMILIANO RAMIREZ ANGEL

En lo alto de un cerro, la casita se alzaba resplandeciente de cal, custodiada abajo por gruñidos de perros y arrullada tejas arriba por un bando de palomas que trazaba, to-

campo digno de la pisada leve de Virgilio. Silencio de catedral ó de mausoleo; liras de piedra donde el bordón de la Muerte suena sordo. Y á la hora plena de sol, la majestad de una águila negra surcando el cielo sin mover los alones casi, ofre-

sonar en barrancos y cerros, bajo el estampido de su escopeta.

—Aquí nos tienes, hombre, decididos á vivir en paz; á beber cuencos de leche y á dormir sobre plumas de mazorca—rió Gabriel.

Jacinta, la mujer del guarda, miraba á los recién llegados con ojos estúpidos—«ojos de pepona», pensó Rosa María.

—Los señores se cansarán pronto—dijo.

Rosa María hizo un gesto de protesta. ¡Oh, no!... Venían enfermos; enfermos de ciudad, de vida tumultuosa y estéril. Nada de atenciones enojosas: á partir la misma hogaza, á marchar por la misma senda; querían reposo, bajo el techo de aquella casa donde el sol, el viento, la lluvia y las piadas de los pájaros llenaban el zurrón gris de las horas.

Y Pedro les indicó la habitación destinada á ellos. Gabriel ya la conocía. Era la de siempre, la que ocupó en otros tiempos, antes de emprender su desatado peregrinaje hacia países lejanos, cuando, menos andariega el alma, venía de la corte á este rincón heredado de sus padres, rebosante la canana de cartuchos para la liebre correntona ó la perdiz espantadiza.

II

Al amanecido, Pedro requería la escopeta, dejaba un beso en los rosados mofletes de sus rapaces y salía hacia el monte.

Aunque habituado á percances de esta laya, sobresaltábase cuando detrás de unos enebros un seco estampido denunciaba el paso de algún cazador audaz y poco escrupuloso en hollar tierra ajena.

Otras veces fué el descubrir á alguien agazapado tras unas carrascas, acechando la obra astuta del hurón. Lances cotidianos, sin otras consecuencias que las que la intemperancia del cazador furtivo quería darles. Pedro era de hombría repo-

sada y mollar. Sólo una tarde hubo de echarse la escopeta á la cara, frente á un provocador que aún le desafiara al verse descubierto en la libre posesión de varias reses menores.

Cortaba leña, á ratos; fumaba agria picadura en todo tiempo, y vivía, cerca de su Jacinta, lo más estúpidamente posible, entretenido algunas temporadas, cuando arribaban varios amigos del señorito Gabriel, en ojear liebres, beber sabroso vino, fumar puro y comer á la gloriosa usanza de Gargantúa. Su mujer distribuía la jornada en nobles menesteres domésticos. Condimentar la olla; cuidar á los pequeños y á la «abuela», octogenaria llena de arrugas y quibrantos, y ordeñar, con su ayuda, las indómitas cabras que, con dos docenas de palomas y los dos mastines gruñones, remataban aquel exiguo mundo viviente, sin mástorre que la chimenea, ni más luminarias que las noches claras, ni más ambición que el humo, ni más quejido que el viento.

Rosa María se aprestó, gozosa, á vivir en aquel rincón, libre de tramoyas y bambalinas ciudadanas. Parecía el cielo un camino azul trazado para que el sol se paseara; y también una tela frágil que la curiosidad macilenta de la luna rompía.

Había permanecido siempre en el vórtice, en esa vida febriciente de las capitales que palpita hecha oro y vértigo y contienda, bajo la impasibilidad de un cielo comido por aleros vulgares y árboles tisiquillos.

Sus años mejores se evaporaron en los bandos compartimentos de los *sleepings*. Conoció el vértigo de París, Montecarlo y Viena. Vió una vez el sol en Londres, entre un halo lívido y denso. En hoteles, teatros y casinos dejó un rastro de su mocedad, como si el puñal del Fastidio le hubiese abierto en el alma un tajo profundo y las horas más risueñas

de su vida se desangraran en hemorragia de aturdimiento.

Pero nunca pensó que donde acababa el dolor de la ciudad comienza la misericordia del campo, y que la Felicidad tiene dos lados: un billete bancario y una casita albeante. Y ahora, cerca de Gabriel, su buen compañero de algunos años, epilogaba entre riscos y encinas la loca aventura de sus amores, iniciada entre taponazos de champagne y parla cosmopolita.

Los primeros días creyéronse en otro planeta. Desde la ventanilla de los vagones no se ve bien ese mundo inefable de cerros y laderas, por donde Pan puede soplar en su flauta frente á los ojos de Eirene, la griega.

Rosa María y Gabriel trepaban, corrían con ligereza de cervatillos, con ruidosa algarabía de adolescentes. De bruce él, aplicaba los labios á la rizada linfa de un arroyo; ágil ella, ponía la planta sobre un peñón secuestrado por la digital y como envuelto en la red aterciopelada del musgo.

A su paso corrían asustados los gazapillos, volaban las urracas y los abejarucos. Ella reía; él la reprendía afectando cierto enojo. Pero en el fondo se sentían felices, dentro de aquel refugio áspero, salvaje, lleno de piedras y de piedras diminutas, erizado de enebros, y tomillares, que perfumaban el aire como esencieros destapados.

A la sombra de un pino se sentaban, laxos. Soplaban un cefirillo cargado de fragancias, cual si la montaña próxima fuese el tocador de una rústica beldad maravillosa.

Sensual y místico á un tiempo, el ambiente amodorrábase cuando comenzaba la calmosa poniedura del Sol. Y azul el aire; borrados, poco á poco, por el difumino del crepúsculo, contornos y dintornos, las chaparras distantes, los pedruscos enormes, las bajeras aglomeraciones de salvia y romero sentían el



dos los amanecidos, una espiral ascendente en tono á la truncada chimenea.

Era la «casita blanca», la eterna casita blanca donde mueren todas las historias y todas las inquietudes. Pulquérrima, por obra y gracia del cinto de cal; sitiada por el olvido; saludada por el oro nuevo de la mañana y hecha á todo viento y á toda brisa, enemigos tan sólo del humo del hogar, que abatían celosos ó desparramaban coquetones.

A su umbral llegaron, como envueltos en una ola gigantesca, Gabriel y Rosa María, desahuciados por la pleamar turbia de la corte, hechos, más que seres de carne y hueso, un amasijo inclasificable de humo, barro, prejuicios y dolores.

La ciudad fué para ellos una palabra torva; el campo, ligeramente enverdecido, se alzaba como un parentesis de gozo. A él marcharon, hambrientos, frenéticos, buscando el suspiro de un regato, el aliento de un pino, la lumbré gloriosa de un crepúsculo que amortajara sus vidas agonizantes de cortesanos.

Tierra frágola aquella, sin caminos; sin leyes—camino también de ratas sociales—; sin luz que amparase una encrucijada, ni palación que medrara á costa de una chocilla.

Todo piedra y angulosidad. Moquetes surgiendo cubiertos de hierbecillas y retamas, como espinazos inmóviles de monstruos soterrados. Quietud religiosa suspendida sobre

ciendo al sol su pico agudo y temerarlo como una proa.

Cuando llegaron á la casa de Pedro, el guarda, Gabriel y Rosa María habían creído sumergirse en un pozo de aguas cristalinas.

Afuera el sol derramaba su llovizna, áurea y punzante, que deslumbraba á tiempo que hería, y el interior de la casuca rebosaba frescura de cisterna. A siniestra mano la cocina, con su chimenea ancha y trepadora, como una ambición; borrosas de penumbra las paredes donde brillaba, quieta, una gota de luz en la curva lustrosa de las jarras; sin ánima el candil pendiente de una alcayata, contando quedamente á un oído sutil la historia friolenta de las noches de Diciembre, en que el viento, saltando sobre las carrascas, induce al perro á alborotar sin motivo ó aldabonea testarudo sobre la puercecilla trancada.

A la derecha el comedor, desnudo, con su larga mesa apercebida á la turbamulta de cazadores; bebiendo luz difusa por la ventanuca, apacible, como un refectorio conventual. Y más en lo hondo, la alcoba; blanca, entarimada, con la Dolorosa clavada á una pared y el lecho triste, donde la vida bramó tres veces al nacer tres rapaces frescos y rojos como los ababoles trigueros.

La recepción tuvo una rústica simplicidad.

—Salud, señoritos—murmuró Pedro con aquella voz suya hecha á



Ayuntamiento de Madrid



medroso revuelo de un mochuelo ó percibían la risilla de un arroyo que descendía su cola de espuma por una cañada pedregosa.

—¿Te acuerdas de Madrid?—murmuraba Gabriel fumando un cigarrillo.

Rosa María denegaba con la cabeza. Alguna vez miró á su compañero fijamente, como alucinada. ¡Madrid! ¡París! ¡Bruselas! Aquellos nombres eran detonaciones estrepitosas en su memoria.

¿Era cierto que habían desfilado tales poblaciones bajos sus ojos hastiados? ¿O no existían más que en el mapa laberíntico de los sueños?

—No, no me acuerdo... No quiero acordarme... Estoy bien aquí, á tu lado; en esa casita de lo alto, cerca de Pedro, ese brutazo ingenuo, y de Jacinta, esa bestia dulce y sumisa como una vaca... Tengo rendido el corazón y me gusta refugiarle en tus ojos, azules y serenos como asilos...

III

Al anochecer se sentaban todos fuera de la casa. Los chicuelos del rústico matrimonio perseguían á los pájaros ó acariciaban la cabezota de los perros. Bajo la campana de la chimenea hervía, regocijada, la repleta olla.

Empezaba el verano. El carro que Pedro empleaba para conducir la leña, al través de los violentos declives de aquellos contornos, con una rueda sujeta á los varales, yacía abandonado. Jacinta estaba camino de la estación, á donde marchara con el bucheillo trotador cargado de cántaras de leche. Pedro y la abuela escuchaban, al «señorito», quien, á falta de otra diligencia más transcendente, ocupaba sus oídos en referir anécdotas é historietas de su accidentado vivir cosmopolita.

Rosa María guardaba silencio como la vieja, como el guarda, abstraída, unas veces, en contar las estrellas de la noche, ó en perseguir con la vista la volada, segura y ladina, de algún mochuelo al través de las tinieblas.

A ratos, Pedro intervenía en el parlí. Pocas ocurrencias podía registrar en su vacua existencia; pero acuciaban y entretenían la curiosidad de Gabriel y Rosa María. Eran relatos, toscamente desdoblados, de hazas montañesas donde tocaba el alto papel de protagonista al lobo ó al águila. Y Pedro, azevado á toda cacería—de mozas años atrás, de hombres ahora—, se estremecía aún recordando que el aleteo del águila ó el aullar del lobo habían sonado demasiado cerca de su vida.

Gabriel sentía hacia este rústico una respetuosa admiración. Mientras Rosa María, tremante, se acurrucaba junto á su compañero, creyendo percibir en la sombra el fulgor lívido de los ojos lobunos. Gabriel analizaba el instinto de conservación que inducía á Pedro á poner en su habla una exaltación vibrante.

¿Y este bestia buenazo amaba así la vida, su vida, borrosa y sin valor como una moneda de otras edades?

¿Y este hombre no sentía el alma llena del lastre del aburrimiento, enfermedad divina de toda criatura humana?

En vano Gabriel prendía fuego á su charla con el chispazo de la incoherencia, tratando de deslumbrar, de tentar á su pasivo y cretino servidor. Las pupilas del guarda no se dilataban jamás con una visión alucinante de otras comarcas. Ni pensaba que la locomotora corrige ventajosamente el trocillo de los cuadrúpedos, ni que la tentación de una hembra envuelta en paño burdo es más invencible tentación si la secuestraron las sedas. Jamás su pituitaria se había enardecido repudiando los garbanzos y el abadejo para afiorar un manjar más exquisito.

Tenía su ética, su filosofía y su código. Era todo él una cueva lóbrega hecha para guarecer el instinto. Vivía como una piedra más de aquellas alturas; inmóvil, llena de musgo y de flores, flores silvestres, pero que perfumaban sus días, ya que cada rosa tiene el búcaro que se merece.

Gabriel... Gabriel se aburría. Estuvo tentado de confesárselo la víspera á Rosa María. Llevaban varios meses allí, en aquellas soledades, sin gentes, sin libros, sin teatros, sin fiestas. Empezaba á agonizar de tedio.

La Naturaleza, desde aquella casita, era abrumadoramente monótona. Todo quieto, todo igual, todo conocido ya. El agua de la torrentera vecina, cayendo con idéntico sonsonete; el cielo azul y bobalicon, como sonrisa estereotipada de campesino; las piedras, superpuestas atrevidamente, amenazando caer, sin caer nunca; la luna derramando su luz yerta sobre las eternas manchas oscuras de los retamares; el vuelo hierático del águila resonando todas las tardes, como una pesadilla, como un estribo lo estúpido de aquella canción amodorrante canta, da por la Naturaleza, virgen milenaria que empezaba por seducir y terminaba amortajando...

La eterna historia del hombre de ciudad frente al campo. A ratos pensó, sonriente, en algún cataclismo geológico. Pero esta vieja tierra castellana duerme, duerme un sueño burgués, dando trigo y avena y aceituna y uva, y no es capaz de alojarse en sus entrañas ese amante trágico, esa convulsión tremenda que se llama terremoto...

Desvariaba. Ante la risa plácida de Rosa María, Gabriel aquella tarde desistió de

confesar sus inquietudes, sus nostalgias de hombre de ciudad.

—Estamos en Junio... ¿Cuándo nos vamos?...—preguntó, por fin.

Rosa María le contempló largamente.

—¡Oh! Yo estoy muy bien aquí. Esto es hermoso ¿verdad? ¿Es que te aburres?

Y había en sus ojos tal lumbre de sospecha, que Gabriel mintió, por galantería, por pudor.

—No... No. A tu lado, mujer, ¿cómo hablar de aburrimiento?...

Ello hubiera equivalido á no quererla, á denunciar un punto débil en la recia armazón del cariño que les unía.

Jacinta, que acababa de llegar, saludó, simple.

—Buenas tardes, señoritos.

Gabriel la examinó abstraído. Era una mujerona rolliza, fuerte, de pelo aceitoso y mirada distraída, de belleza ruda, pero picante. Bajo la docena de sayas que en todo tiempo lucía, adivinábase la carne sana, la línea arrogante. Algo de corteza de árbol recubriendo la fibra tierna y jugosa.

—Hola, Jacinta. ¿Vienes de la estación?

Jacinta movió la cabeza, asintiendo. Luego fué en busca de los chicos, y viéndolos revolcándose, llenos de polvo, empezó á regañarlos, dueña de esa maternal efusión campesina que prodiga besos y pescozones.

Hubo un largo silencio. La estrella vertía sobre el suelo un fulgor manso, destacando las manchas lácteas de las piedras y los bultos informes de los tomillos. Graznó una corneja.

La tierra exhalaba paz. Sonaban rumores amortiguados, bajo la calma augusta de la noche. Cerca se oía el inquieto resopiar del bucheillo, rastreando en el pesebre.

Gabriel, á la luz exigua y sangrienta de su cigarrillo, miró á Rosa María, á Pedro, á la abuela, á los pequeños, adormecidos ya, en el regazo de Jacinta.

Estaban todos inmóviles, como petrificados. ¿Y la vida, qué era, dónde rugía? Gabriel pensó, amedrentado, en aquella quietud bucólica, en aquella paz agraria. Sentía como un invisible, terco sudario que iba amortajándolos...

Y pensó en la Paz, en la maldita Paz que su neurastenia absurda repudiaba. Era una vampíresa trágica, horrible, que les iba sorbiendo la vida, en una espantosa succión, poquito á poco, y acabaría por agostarlos. Era una vampíresa bárbara que otras gentes habían expulsado de la ciudad; hermana mayor de la Muerte, sin guadaña ridícula, pero con unos labios finos, grandes, voraces, más hondos que un sepulcro...

IV

Desvaído, Gabriel salió de la casa, á media tarde.

Sus blasones, su abolengo, eran vanidad de vanidades, espejismo lamentable. Llevaba dentro, bien en lo hondo, sangre de villano.

Rosa María quedaba junto á la ventana, leyendo ese dúo perenne entre el campo y la ciudad que Eça de Queiroz escribiera lapidariamente.

La disputa había sido violenta, acre, aniquiladora. Rosa María, ante los argumentos de Gabriel, opuso una negativa tozuda. ¿Genialidad de histerica? ¿Capricho de fémica siempre encaprichada? ¿Devoción honda hacia la quietud después de una vida atormentada y rauda?...

Ella se quedaba allí, entre sierras feraces, reclusa, gustosa. Le importaban poco Biarritz, Ostende, las playas donde el mar besa rendido á la gentil costa. Lo había repetido; quería «embrutecerse» como aquella Jacinta, zafia, poco ducha en clasificar una tela ó una melancolía.

Gabriel, escopeta al hombro, salió tarareando un aire canalla de tango, puerilme te obstinado en manchar con un salivazo de urbe aquel hieratismo campestre.

Si le circulaba por las venas sangre de pechero, de esclavo. Era un abúlico, dominado por aquella muñeca liviana y antojadiza.

Sin saber cómo, Gabriel se halló camino de la estación. A su paso inquieto corrió una tagartija que bebía, extática, la llamada solar.

Ya en la cañada, se detuvo á contemplar el agua montando sobre blancas, pulimentadas piedras, rota en espuma. No sabía á punto fijo lo que pensaba; pero miraba en torno suyo buscando algo, algo que quebrase la amodorrante quietud de la hora, del sitio... de su vida.

De pronto oyó el casqueteo de una caballería. Involuntariamente, sumido otra vez en la consciencia, se estremeció.

Debía ser el bucheillo cargado de cántaras de leche que Jacinta conducía á la estación. Vendría sola, como todas las tardes.

El sitio era propicio, la hora fatal. ¡Si la casualidad, que cose y auna porvenires en las ciudades, le



preparase esta aventura única, vulgar, triunfadora y reivindicadora de todas las vulgaridades que agostaban su vida...

Aproximábase el desigual casqueteo. Allí, por encima de unos indómitos zarzales, Gabriel esperaba divisar á la mujer del guarda.

Anticipadamente saboreaba la escena.

Por una absurda asociación de voliciones advirtió entonces que Jacinta era una campesina apetecible. Tal vez su palabra, su calidad de amo, su aureola de «señorito», aturdiésen á la zafia. Recordaba que la zafia había contemplado, inflamadas en elocuente fulgoreo las pupilas varias veces, las ensortijadas

manos de Rosa María. Acaso ella, la misérrima, la pasiva, la hastiada de reposos, sufriera comezones de vértigo, de zigzaguo, de lo que «la otra», en un momento de neurosis, había eludido violenta. Acaso la buena fortuna de Gabriel le dispusiera un brusco cambio en su vida, junto á aquella mujer, quien sabe si apercibida también á mudanzas radicales.

Gabriel, sintiendo á pocos pasos como el hálito de la mujernea, virgen de alma, retrocedió nuevamente, avergonzado de sí mismo.

¿Qué iba á hacer? ¿Qué delirio, ridículo y monstruoso, florecía bajo su cráneo?...

Huyó de un salto, peñas arriba, hacia el aire cálido y zumbador de la tarde.

Una bandada de grajos cruzaba lenta, con rumor desigual de alas. Su graznido se le antojó un comentario burlón, un grotesco subrayado de sus meditaciones.

Anduvo errante... Todo yacía como aletargado bajo la poderosa cántiga de aquella tarde de Julio. Las finas ramas de los pinos vertían en la tierra una sombra azul, transparente. De los enormes peñascales esculpidos por el tiempo en mil actitudes inverosímiles, se escapaba un vaho de horno. El sol brillaba a to, inmóvil, como un anatema, multiplicando el delirante estridor de las cigarras que cantaban ebrias, abajo, en los sembrados exiguos; aquí en los retamares secos; allá, al borde de una vereda turcada por miles de saltamontes y langostas.

Evaporábase en bórdoneo y en calidez el triunfo del campo. La paz descendía del zénit y se hundía en el suelo, filtrándose paulatinamente, como deseosa de echar raíces y gozar una nueva quietud de árbol, de piedra, de insecto.

Gabriel seguía su camino. Resbalaba por agrias pendientes, trepaba por cerros casi verticales. Desde lo alto, volvía á divisar aquella Naturaleza enorme y pacífica que daba vidas sin conmoverse, que se desgarraba en un parto incesante, y lleno de rústico pudor, no exhalaba un gemido.

¡Ah, Paz, vampíresa horrible, de fauces siempre abiertas!...

Gabriel, diviéndose á lo lejos la casita, retrocedió bruscamente.

V

Sonó un estúpido seco, rotundo. Rosa María dejó de leer, asomándose por la ventana.

—¿Qué es, Pedro?...

El guarda siguió liando su grueso cigarrillo.

—El señorito Gabriel. Está el monte que hierve de caza y salió con la escopeta.

Rosa María abandonó la ventana y cogió otra vez el libro.

VI

A la mañana siguiente hallaron á Gabriel muerto. Una gota de sangre en la sien lo decía.



EMILIANO RAMÍREZ ANGEL.

CIENTO DEL EXTRANJERO ILUSIÓN PERDIDA

La desdicha es compañera inseparable de todo aquel que es verdaderamente virtuoso en asuntos de amor. Las mujeres le calumnian y los hombres le huyen. En tal situación, no tiene otro remedio que querer la virtud por lo que ella es en sí, no porque piense que puede ser feliz al encontrarla en quien la posea.

El conde de Margival fué uno de los más singulares ejemplos de desgracia que pueda engendrar el respeto á la mujer querida.

La señorita d'Aigurande era aún muy joven cuando se casó con el



administrador, pero que tuviese la bondad de esperarle en las habitaciones de la marquesa.

Sin esperar la contestación del recién llegado, se adelantó el servidor anunciando al conde de Margival.

El pobre amante sentía en su corazón palpitaciones de colegial. Le asustaba la idea de un *tete á tete* con su prima.

La emoción de ella no era ciertamente menor.

—Me parece—comenzó por decir Margival—que os contraría mi presencia y que la señora de Bucy no es para mí la misma que fué siempre la señorita d'Aigurande. Yo, en cambio, os quiero de igual modo, con la misma pureza, con igual respeto.

—¿Qué esperanza nos queda?—murmuró ella.

—¡Ah, señora, esperanza no tengo ninguna! Yo no he hablado de eso. Desde el instante mismo en que fuisteis al altar os perdí para siempre. No puedo hablaros más que de amistad y de mi sincero cariño de próximo pariente. Otra cosa fuera una injuria que jamás podéis esperar de un hombre como yo.

¿Se excedió Margival en aquella heroica respuesta? ¿Abusó de su hombría de bien? ¿La confusión en que se encontraba le hizo traspasar la barrera que separa al hombre bueno y virtuoso de aquel que es sencillamente tonto?

¡Qué sé yo! Lo cierto es que aque-



lla su contestación produjo en el alma de la joven marquesa de Bucy un efecto diametralmente contrario al que sin duda se propuso aquel buen conde con figura de hombre y alma de santo.

¿Se sintió herida en su amor pro-

prio de mujer hermosa? ¿Qué transformación súbita se operó en su modo de sentir y pensar?

[Misterios del alma femenina]

Eilo fué que el marqués vino á interrumpir el extraño diálogo de su esposa y el conde, y que cuando el marido se llevaba al visitante, invitándole afectuosamente á disputarse una partida de billar, Margival, pálido como la cera, estaba orgulloso, no obstante de haber cumplido con sus deberes de amante y de cristiano, en tanto que la marquesa quedaba viéndolo alejarse, crispados sus labios por una sonrisa de venganza y desprecio...

Pasó un mes y el anciano Bucy no sabía á qué atribuir el cambio operado en el carácter de su esposa. Todo lo que antes era apocamiento, indecisión y tristeza, tornábase al presente en alegría jamás saciada. Ella era la que organizaba fiestas espléndidas, siendo la que más bailaba y se divertía.

El palacio se veía siempre lleno de alegre juventud capitaneada por la marquesa, que, al terminar un coctilón, organizaba una cacería.

Entre los más asiduos contertulios figuraba el señor de Brevonnes, joven aristócrata, conquistador eterno de bellezas y que no se separaba un momento de la hermosísima marquesita, secundándola en la organización de festejos y rifas de caridad, oficiando, en suma, de secretario

particular y haciéndole la corte descaradamente.

¿Llegó á ser aquel hombre correspondido por la marquesa?

Así al menos lo temió el anciano Bucy, que con objeto de separar á su mujer de aquella atmósfera, librándola de las asiduidades del señor de Brevonnes, dijo un día á la marquesa:

—Puesto que los negocios que tenéis en París no son importantes, al menos que yo sepa, cuento con vuestro sacrificio y espero que me acompañaréis á mi viejo castillo de



Borgoña, á donde por prescripción facultativa tengo que residir dos meses.

*

Ya en el campo, y durante una calurosa mañana de verano, la marquesa de Bucy se bañaba en la parte de río reservada al castillo. Muy ajena á que pudiera ser espiada entregaba su cuerpo á las caricias del agua, jugueteando, coqueta, á solas con su tedio, y esperando impaciente que pasaran los días para volver de nuevo á la vida parisense, cuando de súbito se oyó en la orilla el ruido de unas hojas, y apartando las ramas de los árboles que poblaban la ribera del río, apareció jadeante y transfigurado el conde de Margival, mirando estúpidamente á la bella sirena, cuyo busto espléndido emergía de las aguas.

Balbuocé palabras incoherentes, y extendiendo los brazos, mientras volvía al cielo sus nubados ojos, cayó sin sentido en la arena de la playa.

La marquesa de Bucy salió del baño, y deteniéndose un instante junto al inanimado cuerpo de su primo, no pronunció otras palabras que estas: «¡Llegas tarde!» Después, corrió hacia el castillo.

Un concierto de pájaros trinadores saludaba la esplendidez de aquella dulce mañana estival.

La canción de un pastor modulaba sus quejas detrás de la montaña, y en medio de aquel idílico paisaje, el conde de Margival rendía su alma á Dios, como herido por el rayo, el primer día que el grito de la pasión quiso y pudo vencer, si quiera fuese en un instante de desmayo, el ánimo infeliz del pobre virtuoso.

Franz TOUSSAINT.



marqués de Bucy. Este era un hombre de edad avanzada, de honradez perfecta y que, sin tener ninguna de las cualidades de un hombre superior, poseía, no obstante, las esenciales para que se le diputara por un buen caballero.

El marqués hubiese podido hacer feliz á una mujer de edad más proporcionada á la suya.

La señorita Aigurande ignoraba el verdadero estado de su corazón cuando le dió su mano.

Hasta dos meses antes del matrimonio apenas se había separado de su primo el conde de Margival.

La costumbre de verse á diario había hecho nacer en ambos, desde niños, el afecto más tierno. Al llegar la separación fué cuando pudieron convencerse de que no podían vivir el uno sin el otro.

Volvieron á encontrarse después de la boda, pero sus entrevistas, que antes era para ellos motivo de tanto gozo, adolecía ya de falta de confianza. Suspirando se estrechaban las manos furtivamente y esto era todo. Después, la bella marquesa caía en hondas meditaciones y era incurable su tristeza.

No obstante las fiestas, viajes, cacerías y toda clase de distracciones que organizó el marqués á raíz de su boda, con el solo objeto de distraer á su esposa, nada era capaz de hacer que desapareciera el mal humor de la hasta entonces alegre y dicharachera señorita d'Aigurande.

El marqués, que aún no conoce á su mujer, pensaba que la causa de aquel constante fastidio no era otra que la seriedad de su carácter.

Una tarde llegó el conde de Margival al palacio de Bucy. Dijéronle los criados, de parte del marqués, que le dispensara si no le recibía al momento, por estar ocupado en una importantísima conferencia con su

mu güen vé ¡Y eso á esta distansia, que acercándose, *(se acerca al mostrador)* se apresia meó. *(Ana se retira un poco.)* Parese mentira que despachauo serivo tóo er día, tenga er corasón tan frío.

ANA.—Si no é friardá, Sarvadó; é que cómo de jo yo el estanco solo, porque dejá á mi hija no é dejá á nadie. ¿Qué iba á sé de mi niña sin mí? Si yo encontrara un güen acomodo pa eya; entonse...

SALVADOR.—¿Se casaría usted conmigo?

ANA.—Le digo á usted que er día que se casara mi niña, no echaba er cura una bendición sola. ¿Quié usted má?

SALVADOR.—*(Loco de alegría.)* ¡Chócala, Sarvadó!... ¡Ere er tío de la suertel... ¡Hay que mirá despasio la mujé que te yaval...! Eso no é mujé; é una colersión de perfesiones!... Eso é... *(Transición)* Gileno, su niña de usted se casa pasao mañana.

ANA.—No corra usted tanto.

SALVADOR.—Está dicho.

ANA.—Si encontráramo un güen hombre pa eya...

SALVADOR.—Yo se lo hago á la media. Y no me mire usted de ese modo, que...

MÚSICA.

SALVADOR. Disen que marea er tabaco y yo digo que es mentira, que á mi solo me trastorman tus ojos cuando me miran. Quiéreme por compasión, que picao como er tabaco tengo yo mi corasón.

Quiéreme, gitano;

quiéreme, arma mía;

gloria del ingenio,

perla de la Habana,

fió de Andalusia.

ANA. *(Saltando del mostrador á la tienda.)*

¿Pa qué quiere que te diga

que con el arma te quiero,

si lo que caya la boca

los ojo lo están disiendo?

Me hase tan felí tu amó,

que tengo el arma de fiesta

y de gala er corasón

Te quiero, gitano;

te quiero, arma mía.

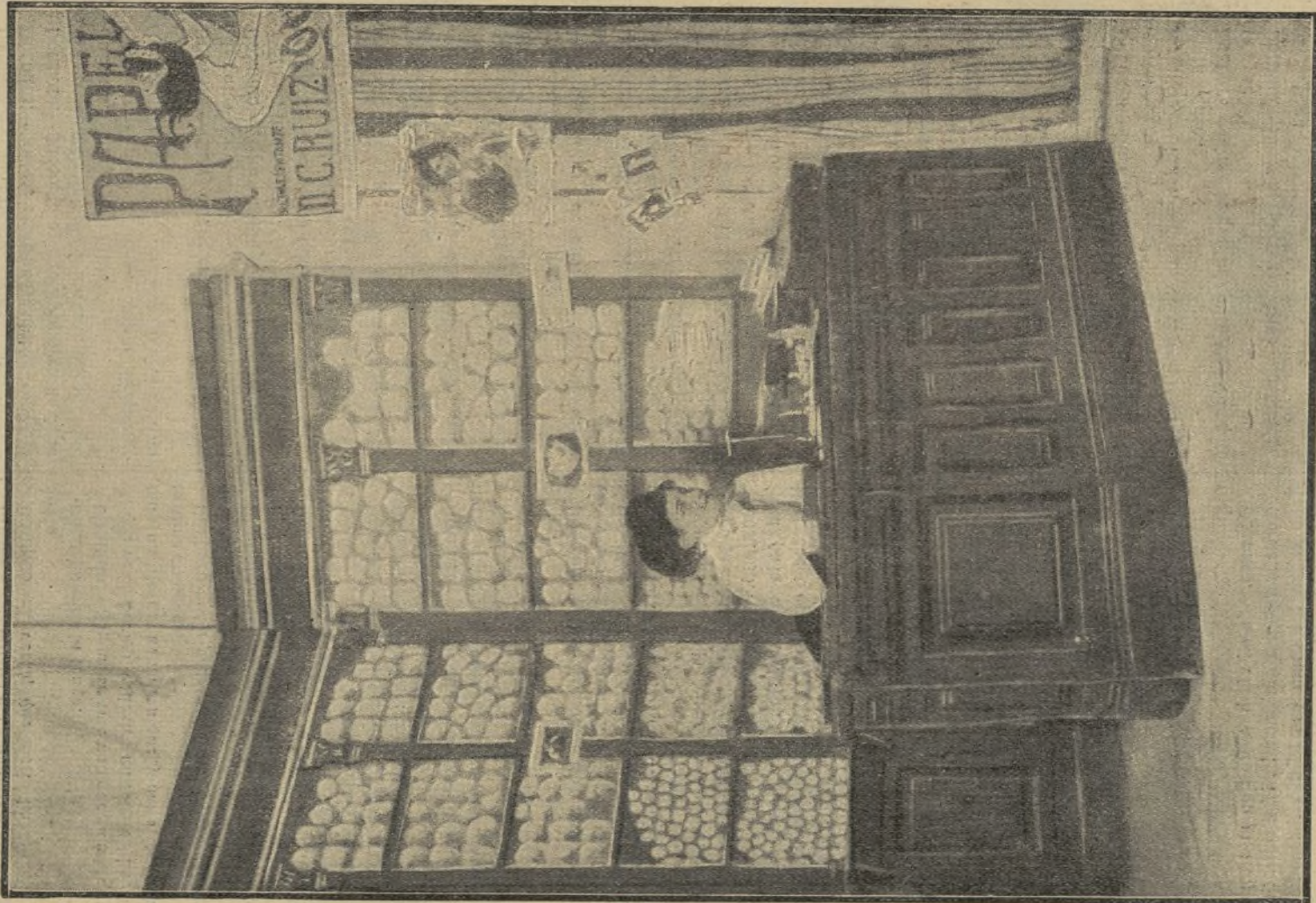
¡Salina de Cádi!

¡Sielo seviyano!

¡Rey de Andalusia!

AL MISMO TIEMPO

ANA. Tu carifio es mi alegría,
con tu carifio no hay pena,
por eso están tan alegre
los ojo de tu estanquera



DOLORES (STA. PALOU)

(Fotografía Alfonso.)

DOMINGO.—¿Qué usé escogierlo?
 DOLORES.—¡En eso estoy pensando!
 DOMINGO.—Bueno, lo escogere yo; pero ha de sé lo mismo que usé: moreno y con lunare.
 DOLORES.—¡Me gusta er tipo!
 DOMINGO.—Y á mi erde usé. (*Después de apretar un puro entre los dedos cerca del oído*). Ese no cruge.
 DOLORES.—¡Señó, es que un sigarro no é ningún pa de botas nueval
 DOMINGO.—(*Sonriendo*). ¡Jé! (*Tira el puro contra la tabla del mostrador*)
 DOLORES.—¡Una pelota tampoco é!
 DOMINGO.—Este. (*Examinándole*). ¿Verdá que mirándolo despasio, parese un puro é breá?... Lo clavo en la paré y ya tengo pa corgá la ropa. Mirélo usé, pa vé si se ensiente.
 DOLORES.—¡Pa eso he quedao yo!
 DOMINGO.—¿No?... Pue deme usé una caja é fóforo.
 DOLORES.—(*Cogiendo del cajoncillo que hay sobre la tabla una caja de cerillas de cinco centimos y entregándosela*). Tome usé y largo.
 DOMINGO.—¡Niña, de dié!... ¿Usté que se ha pensa.
 DOLORES.—¡Ilesá! (*Hace el cambio y le entrega una de diez centimos*)
 DOMINGO.—(*Rompe el precinto y saca la fototipia*). Esta pa mi hermaníya.
 DOLORES.—¡Yo también hago colersión.
 DOMINGO.—Po lo siento por mi hermaníya. (*Entregándosela*). Tome usé y que se muera de envi-dia la Cleo.
 DOLORES.—La tengo repetía. (*Devolviéndosela*)
 DOMINGO.—(*Sin admitirla*). ¡Pues rompa usé la otra!
 DOLORES.—(*Impaciente*). Señó, ¿se que usé í?
 DOMINGO.—Ya me voy. Y diga usé: hase mucho que está abierto este estanco?
 DOLORES.—Desde las ocho de la mañana
 DOMINGO.—Digo, er tiempo.
 DOLORES.—Desde que murió er probresto de mi padre—que en g oría esté—va pa cinco año.
 DOMINGO.—Sería usé una chiquíya, ¿eh? Cosa de diesiocho año.
 DOLORES.—No, señó, diesiséi. Pero, ¿á usé qué le importa?
 DOMINGO.—Diesiséi y cinco, veintituno; la edá pa empesá á quere.
 DOLORES.—(*Cada vez más impaciente*). ¿Se que usé í ya?
 DOMINGO.—Se me orviaba er tabaco pa mi padre. Deme usé un paquete de siete reale.
 DOLORES.—Como no se largue usé de seguía, se lo vi á tirá á la cabeza. (*Se dirige á la estantería para coger un paquete*).
 DOMINGO.—(*Refiriéndose al tabaco*). Suave.
 DOLORES.—No, señó, fuerte; con toa mi fuersa. (*Viene al mostrador y le entrega el paquete*).
 DOMINGO.—¡No sea usé así! Carmensal!

DOLORES.—Dolorita me yamo.
 DOMINGO.—E verdá, que me lo había dicho su novio.
 DOLORES.—No lo tengo.
 DOMINGO.—Nai; que se cree uno que ya no le queda que ve en Sevíya y dentro un estanco hay una niña má alegre que un repique y má salá que una sardina arenque.
 DOLORES.—(*Un poco ofendida*). ¡Vaya una com-parasión!
 DOMINGO.—No me se ha ocurrido na más salao.
 DOLORES.—Bueno, ¿usté se va á í ya, verdá?
 DOMINGO.—¡Po no está tí poco pesá!... ¡Ya me voy! (*Coge todo lo que lleva pedido*). Ya me voy.
 DOLORES.—Descuida, que no gtiervo hasta que no me yame.
 DOLORES.—Po despídase usé pa siempre.
 DOMINGO.—Lo veremos: con Dió. (*Salte á la calle por la puerta de la izquierda*)
 DOLORES.—¡Po no se va sin pagá! (*Echa á correr hacia la puerta y desde allí le llama*). ¡Eh amigo!
 DOMINGO.—(*Deteniéndose en medio de la calle*). ¿Qué que tí, mi arma?... ¿No te dije que me iba á yamá?
 DOLORES.—¿Qué quiero?... Dos pesetas justa. (*Volviendo hacia el mostrador*).
 DOMINGO.—(*Volviendo á entrar en el estanco*). ¡Gloria pura te daba yo á ti despué de haberme yamao!
 DOLORES.—Con los cuartos me conformo. (*Domingo se acerca y paga*). ¿Qué usé argo má?
 DOMINGO.—¡Qué uno tantas cosas!... Pero eso se queda pa la segunda visita. Ahora me voy de formá. Hasta luego estanguera é mi vía. (*Saludando con la mano al sombrero*). Domingo Carretero, San Gí, cuatro.
 DOLORES.—¿Se llama usé Domingo?
 DOMINGO.—De Pasión, si usé no me quiere.
 DOLORES.—Po hijo; por la cara, Domingo é Carrauí.
 DOMINGO.—¡Ay!... ¡Con Dió y mardita sea, m' estampil! (*Salte por la puerta izquierda á la calle y desaparece, por el foro derecha, después de habersele caído todo lo que lleva en la mano un par de veces*).
 Escena IV

DOLORES. Luego, DOMINGO

DOLORES.—En mi vía he visto tipo más espesá ¡Y no tle malange er muchacho!... ¡Y é simpático!... Y no es tan feo como una le dise... ¡Domingo!... Como er probresto mi padre. Y ese viere, ya lo creo que nuerve.
 DOMINGO.—(*Volviendo á asomar por la puerta del foro, pero sin entrar en el estanco*). Dolorita, ¿qué usé hasé er favó de darme un papé pa llá to esto que ya se me ha caío tres vese?
 DOLORES.—Como entre usé no se lo doy.

DOMINGO.—Lo que usé quiera, Dolorita.
 DOLORES.—(*Tirándole un periódico que saca del mostrador*). Vaya.
 DOMINGO.—(*Cogiéndolo*). Güeno, pos ví arreglar-lo á un banco de la Plaza Nueva. (*Desaparece foro derecha*).

Escena V

DOLORES Y ANA. Luego, SALVADOR.

ANA.—(*Por la puerta de la derecha*). ¿Con quién hablaba, niña?
 DOLORES.—Con un marchante.
 ANA.—Pues no he conosío la vo.
 DOLORES.—No, si va á sé marchante desde hoy.
 ANA.—Vamo, que le ha gustao al hombre el estanco.
 DOLORES.—Lo que le ha gustao al hombre ha sido la estanguera.
 ANA.—¿Qué facia tiene, tú?
 DOLORES.—Una presiosidá, si é verdá eso del hombre y el oso, pero é simpático y tle ange y t é wuncho aqué. Domingo Carretero, San Gí, cuatro.
 ANA.—A vé la tarjeta.
 DOLORES.—¡Má también mi madre!
 ANA.—¡Como lo sabe tan bien!...
 DOLORES.—Ríase usé; pero é un muchacho que parase torná y que va flecho.
 ANA.—Po que sea enhorabuena, que en siendo é de güena casta... ¡Por má que á na viene habla te estoi!

DOLORES.—Desente parase que é; er venia bien trajato.
 SALVADOR.—(*En voz alta, en la esquina del foro izquierda como si hablara con otro*). Eso é; y la cuspodia é la catedrá ensima to por tres peseta. Anda y que te sursa. (*Avanza hacia el estanco*).
 DOLORES.—Mamá, otro marchante po er mismo estilo.
 ANA.—¡Vamo á vel!
 DOLORES.—Solo que ahora ha conosío usé la vo.
 SALVADOR.—(*En la puerta izquierda del estanco levantando la cortina y quedándose parado en el dintel*). ¡Vaya un gorpe de vistá!... ¡Qué paisaje!... ¡Pue pal!... ¡Vaya do, hija y madre; y sobre to la hija, que no le farta ni er canto de un duro pa sé casi tan bonita con la madre. (*Entra en el estanco*)
 DOLORES.—Mamá, dé usé las grasía.
 ANA.—¡Qué cosa tle Sarvadó! (*Pequeña pausa durante la cual Salvador demuestra lo que le con-traria la presencia de Dolorita*)
 SALVADOR.—Acabo de comprá un cuadro de Mir-riyo, autógrfo.
 DOLORES.—(Esto é echannel)
 ANA.—¿Qué es eso de autógrfo, Sarvadó?
 SALVADOR.—Qué desí que no é tarstifica.
 ANA.—¿Y qué é?

SALVADOR.—A mí me lo han vendío como la Asunción de la Virgen, pero er mérito grande é que ayí no se ve ná. ¡Cómo que ese cuadro no sale de mi casa por meno de veinte duro!
 DOLORES.—Yo voy á ve si me peino
 ANA.—Yo me quedaré ar cuidao.
 DOLORES.—Po hasta hora. (*Vase por la puerta de la derecha*).

Escena VI

ANA Y SALVADOR

SALVADOR.—Aquí me tle usé otra ve, *Flo de la Isabela*. ¿Qué usé hasé er favó de escucharme unas palabritas?
 ANA.—Pero Sarvadó, si eso que usé quiere no pue sé.
 SALVADOR.—¡Ogullo de la Arrendataría!... ¿Qué usé hasé la obra de misericordia de escucharme unas palabrita por lo que más quiera usé en er mundo?

ANA.—Bueno, diga usé esas palabrita. (*Pequeña pausa. Salvador tose, escupe y se ensancha el cuello de la camisa*). ¿Va usé á cantá?
 SALVADOR.—(*Con énfasis*). Los do han muerto.
 ANA.—Un responso.
 SALVADOR.—Su viudo de usé va pa cinco año; mi viuda tardó más tiempo, ¡asín era en to la po-bresital!

ANA.—¡Dios la haya perdonao!... Pero ¿á dónde va usé á pará?
 SALVADOR.—Era usé en aquer tiempo la diosa der tabaco: la mujé más guapa de Andalucía.
 ANA.—E que er luto sienta bien.
 SALVADOR.—Asín estaba yo, que á los tres mese de muerta mi viuda pareisa una guitarra enfundá de negro: triste por fuera, pero el hombre más alegre de Sevíya por dentro. Toas las mancha que tenía er traje negro, eran de mansanilla. Pero me quité er luto; la conosi á usé y to cambio. ¡Pareisa yo un sipré vestío á cuadrío! Se fué la alegría, se fué la tranquilidad y perdi las carne. ¡No soy er que eral! ¡Estoy desconosío!... Vamo, que me veo en la caye y ni me saludo siquiera.

ANA.—¡Tan ma no está usé!
 SALVADOR.—¡Los buenos ojo con que usé me mirai! ¡Por usé lo he perdido to. ¡Usté me ha viuerto loco!
 ANA.—Por Dió, Sarvadó, ¿á dónde va usé por ese camino?
 SALVADOR.—Ar manicomio con toa seguridá.
 ANA.—Pero, hombre, por Dió, ¿otra vé con las misma?... Ya ve usé; yo con argunos pelo cano; usé con la cabeça también cana...
 SALVADOR.—¡No arrepare usé en esas cosa, Ana!... ¿Dise usé que está vieja?... ¡Po eso é lo que le con-viene á un anticuariol!... Además, usé está toavía de

VISTO Y LEIDO



POR LOS LIBROS

Un crítico francés, M. Henri Remon, ha escrito alguna vez que *on ne va pas au fond de soi meme sans y trouver la terre et les morts*.

Tenía razón. Somos hijos de Icaro, y ya cuando soñamos con aeroplanos es porque nos hemos convencido de que en nosotros mismos no están las alas. Enraizados a la tierra, presos del ambiente, sufrimos, encorvados, todos los prejuicios, y, sobre todo, el del ancestralismo.

La tierra, y en ella los muertos, es la propulsora de todo acto humano. Una época cualquiera, un hecho aislado, lo mismo el paro individual que la avalancha social, no son ni más ni menos que episodios reflejos, segundas partes de unas obras que los antepasados comenzaron.

En este concepto, el nuevo libro de Blasco Ibáñez desvía la personalidad del novelista por nuevos senderos psicológicos y simbólicos.

Los muertos mandan, después de *El intruso*, de *La bodega*, de *La catedral*, donde Blasco Ibáñez vistió al entusiasmo helénico de su arte con blusa demagógica, no puede menos de agradarnos y esperanzarnos, con la confianza de que la contemporánea literatura española es algo más que erotismos seniles y complicados, ó languideces poéticas en versitos plácidos ó truculentos y ridículos anticlericalismos de cinematógrafo.

Ciertamente, la frase del crítico francés parece ser escrita después de leído *Los muertos mandan*.

«arriba los corazones» conque los novelistas, y los poetas y los dramaturgos de hoy pretenden inocularnos contra el bacio pesimista.

Ahora bien: ¿está la verdadera fuerza, la salud, la amplia concepción de la vida, en ese estado semisalvaje adonde desciende—asciende afirma Blasco Ibáñez—Jaime Febrer casándose con Margalida?

Yo creo que no. El pueblo, la brava naturaleza inculta, son necesarios como medios; pero nunca serán aconsejables como fin. Es decir, se puede nacer, salir de lo muy hondo; pero á esta hondura, á este primitivismo, á ese estado de inferioridad no se debe bajar más que ya inerte, cuando nos entieren y seamos entonces de los que mandan.

POR LOS TEATROS

¡Qué diablo! Hay que ser franco. Yo jamás me descubro ante la bandera de los regimientos; pero confieso que me corre por la espalda un calofrío cuando la veo á la luz del sol español pasar con gallardía de manola envuelta en la torera marcialidad de los pasodobles.

Más claro: todo lo ridículo que es el patriotismo, resulta de noble el patriotismo. Dicen que para sentir plenamente este último sentimiento, es preciso ir al otro lado de las fronteras; pero á falta de kilométricos, nos conformaremos con esta tradicional hidalguía que aún nos queda á unos cuantos, frente á catalanismo algodonoso ó cuando se trata de rebajar nosotros mismos el propio mérito.

Se piensa en una lejana provincia con varias iglesias, y Gobierno civil, y Diputación provincial, y días de feria, donde viven D. Amalio, don Ruperto y D. Carlos.

Se piensa también en cierta tarde de otoño, en quí, muy metidos en sus gabanes—los tres distintos y, sin embargo, con cierta hermandad de demodés—, D. Amalio, D. Ruperto y D. Carlos, salen á tomar el sol

—Sí, parece el del...

Luego, cuando ha pasado el automóvil, vuelven lentamente á reanudar su paseo cotidiano y su charla cotidiana.

—Pues sí, D. Amalio...

—Le diré á usted, D. Carlos...

D. Ruperto calla.

Lejos suenan esquilas. El cielo se enrojece. Claras y distintas voltean campanas.



y á charlar de política y de toros. De pronto, ya en la carretera, sienten el bramido de un automóvil y se detienen para verle pasar.

D. Amalio sonríe.

—¿Será el del...?

D. Ruperto no contesta. Es de estos hombres reconcentrados y de pocas palabras, que envejecen en el silencio. Y D. Carlos, frunciendo las cejas para recoger mejor la visión, en alto el paraguas—D. Carlos es hombre previsor— dice:

POR LOS PERIODICOS

Aquí somos tan ricos de... de imaginación, que todo lo tenemos á pares. El consejo de que las medias sólo se empleen para los pies, no se sigue sino en la mayoría de las obras teatrales escritas en colaboración.

Cada específico, cada vino, cada industria, hasta cada vicio, tiene su correspondiente contrafigura ó falsificación. La suprema ciencia de la vida está en dejar que el prójimo

piense una cosa ó abra un camino para saber lo que debemos pensar y hacia dónde debemos ir.

Es muy cómodo el procedimiento. Su escudo de armas podría ser aquel individuo que vendía las escobas á un precio inverosímil, gracias al modo que tenía de proporcionárselas.

Lo malo es que á contrapágina de la comodidad aparece el fracaso. Donde podría ganar uno, se arruinan dos, tres, catorce...

El único medio de evitar esta comecón imitativa sería el sentido común de los compradores cuando se trate de vender distinta cosa con el mismo nombre y á desigual precio.

Limitándonos al terreno puramente literario, y prescindiendo de *La Novela Ilustrada* y de *La Novela de Ahora*, hay en el actual antagonismo de *Los Contemporáneos* y *El Cuento Semanal* suficiente prueba de lo que dejó escrito un poco más arriba.

Prescindamos ahora de quién tiene razón en este litigio que el público acabará por resolver. ¿No resulta algo triste el que se empleen dos capitales en sostener y plagiar el uno lo que es idea original y exclusiva del otro?

Así discurrimos nosotros mismos, los escritores, que somos, en definitiva, á quienes, más que á nadie, interesa la vida de cualquiera de ellos.

Los dos no pueden vivir; es preciso que perezca uno para salvarse el otro, y eso únicamente prescindiendo del incalificable hecho de «comer á dos carrillos» puede conseguirse.

Zamacois desde sus *Contemporáneos*, y algún espíritu generoso desde *El Cuento Semanal*, deben decir: «Quien no está conmigo...» etc.

Sin embargo, hay también que tener en cuenta la excesiva parquedad con que se recompensa la literatura española, y que, aunque parezca mentira, hay escritores que no viven más que de su pluma, y con ello se dan el lujo de tener hijos, y de pagar casa, y cédula y toda clase de contadores más ó menos eléctricos.

José FRANCÉS



BLASCO IBÁÑEZ

Jaime Febrer, el protagonista, está atormentado, como hijo de su siglo, por la anti-inspección, por la obsesión del verdadero camino egotista; pocos como él se mirarán de tan implacable modo á su yo, buscándole la razón de existir y el medio de que esa existencia no sea inútil ó contra-productiva.

Y como «no se puede ir al fondo de sí mismo sin hallar la tierra y los muertos», Jaime Febrer siente que unas manos esqueléticas se le clavan en los hombros y le hunden tierra adentro.

Sin embargo, la obra resulta optimista. Este regreso á la vida—que afortunadamente no tiene nada que ver con otro trasatlántico y cleróforo con palabras de mitin—, este renacimiento radiante y triunfal como un amanecer de verano, es el eterno

Con motivo de *Margarita la tornera*, ha asomado no pocas veces la zarpa superhumana, y se ha entronizado una vez aquello de la tierra enemiga á sus profetas.

No importa. Aunque en *Margarita la tornera* no palpita—que sí palpita—el corazón español, bastaría este grupo de los tres autores para disputarla españolísima.

La prosa de Azorín (q. e. p. d.), aquella prosa tan plástica, adaptada como un pepló mojado al cuerpo admirable de *Los pueblos* y de *La voluntad*, sería preciosa para comentar la castellana actitud de D. Amalio, D. Ruperto y D. Carlos.

Vistos así, con esos gabanes de señor mayor, no podrán parecer un pintor, un músico y un poeta; pero es indudable que resultan muy españoles.



COsas DEL OTRO JUEVES!



amistades una tarjeta circular diciendo que no se recibe porque se va uno á tal ó cual convento á practicar ejercicios espirituales, se queda ante la sociedad á la altura de un *aeronauta*, como llamaba á los anacoretas cierto ilustre prócer.

El elemento femenino inquiera de sus amistades las señas de un confesor poco vigorista para cumplir con la Iglesia.

—Chica, tengo yo ahora un viejecito que es una bendición.

D. Cosme; la pone á una colorada.

—¡Calle usted por Dios! Yo también he tenido que dejarle por lo mismo.

—¿Qué dirá usted que me preguntó esta mañana?

—Cualquier atrocidad.

—Que si había vendido la cama de matrimonio.

—¡Qué indiscreto!

—Mire usted; no pude contenerme y le pregunté, con retintín, que si quería comprarla.

—¡Pero, hombre! ¿Y por qué no me dijiste anoche, al acostarnos, que estabas de examen de conciencia?

—Porque se me ocurrió cuando tú te dormiste.

¿Y qué? ¿Te han echado mucha penitencia?

—Me preguntó el cura cuántos años llevaba de casado, le dije que veinte, y me contestó: pues reza un Padre Nuestro.

—¿Y no te ha preguntado si me eres fiel?

—No; me lo debe haber conocido en la cara.

Todavía hay casas en que se rezan los Oficios en torno del brasero con asistencia de todos los animales domésticos, desde la cocinera hasta el gato, y entre *Requiem æternam* y *Donat eis Domine*, se des-pelleja á algún vecino ó se le quita la cabeza al sueño. Más de un devocionario se cae de las manos y queda hecho pavesas entre las áscuas. *El lux perpetua luceat eis.*



La Cuaresma deja sentir los efectos del recogimiento de las almas en los espectáculos y en los paseos públicos; sin embargo, las iglesias no están ni más ni menos concurridas que de ordinario, lo cual indica que mucha gente se las da de que está reclusa en los conventos practicando los ejercicios religiosos, por el mismo *cachupinesco* procedimiento que meses atrás se las echaba de es-

lata los grados de exención especificados en la Bula de la Santa Cruzada para quebrantar los preceptos divinos, y sale, por ejemplo, con que no está obligado á comer de vigilia durante toda la Cuaresma porque es sobrino de un coronel y la Iglesia concede en el documento papal ciertos privilegios de abstinencia á los militares y á sus familias.

La conciencia, harto propicia al

¿Echa poca penitencia?

—Casi nada; confiesa por los mandamientos, y antes de llegar al tercero ya se ha dormido, y cuando se despierta vas ya por el séptimo ó por el octavo.

—¿Y dónde es?

—En San Ginés, á la derecha; pero tienes que ir muy temprano, porque tiene mucha parroquia.

Yo sorprendí el siguiente diálogo entre dos viudas jóvenes, y por añadidura hermosas:

—No vuelvo á confesarme con

El sexo masculino se las entiende con los monaguillos y sacristanes; en esta época se venden las papeletas de cumplimiento de Iglesia por todo su valor, como las del Monte.

Hay quien las encarga directamente á la imprenta para que le salgan más baratas, y las reparte en el círculo y en la oficina entre los amigos, que se apresuran á llevárselas á sus respectivas esposas.

—Pero, ¿cuándo has cumplido? —preguntan extrañadas.

—Esta mañana.

Todo el sacrificio consiste en comer bacalao, que para mayor purificación del cuerpo y fortaleza del espíritu, unos días se pone á la vizcaína, otros en salsa verde, otros frito y otros con patatas.

Y á los que les gusta con delirio el bacalao, que son muchos, les sale la Cuaresma por una bicoca.

El caso es cumplir las fórmulas sociales.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

(Dibujos de TOVAR.)



tar veraneando; es decir, que se queda en casa.

De este modo pasan ante los ojos de la sociedad como fervorosos creyentes, cosa muy práctica en los actuales tiempos, de clericalismo influyente por que atravesamos, y descansan del ajeteo de los Carnavales con sus bailes de sociedad y concursos de carrozas.

La misma hipocresía que para engañar al mundo, ponen en juego para engañarse á sí mismos y ahorrar las molestias que la Iglesia impone estos días á sus fieles como purificación de sus cuerpos y fortalecimiento de sus almas.

El que más y el que menos aquí

convencimiento, se tranquiliza, y e feligrés se tira sus solomillos al co-leto todos los viernes, incluso el Viernes Santo, sin el menor escrúpulo.

Para vencer los del quebrantamiento del ayuno, no hay como consultar á los médicos; hombres de mundo comprenden el por qué de la pregunta y se apresuran á tranquilizar la conciencia del cliente, manifestándole que le sería perjudicialísimo para la salud, por cualquier cosa, porque es artrítico, y si es *clorótica*, porque es clorótica.

El caso es no ayunar ni comer potajes; pues así, con no salir de casa durante la Cuaresma y mandar á las

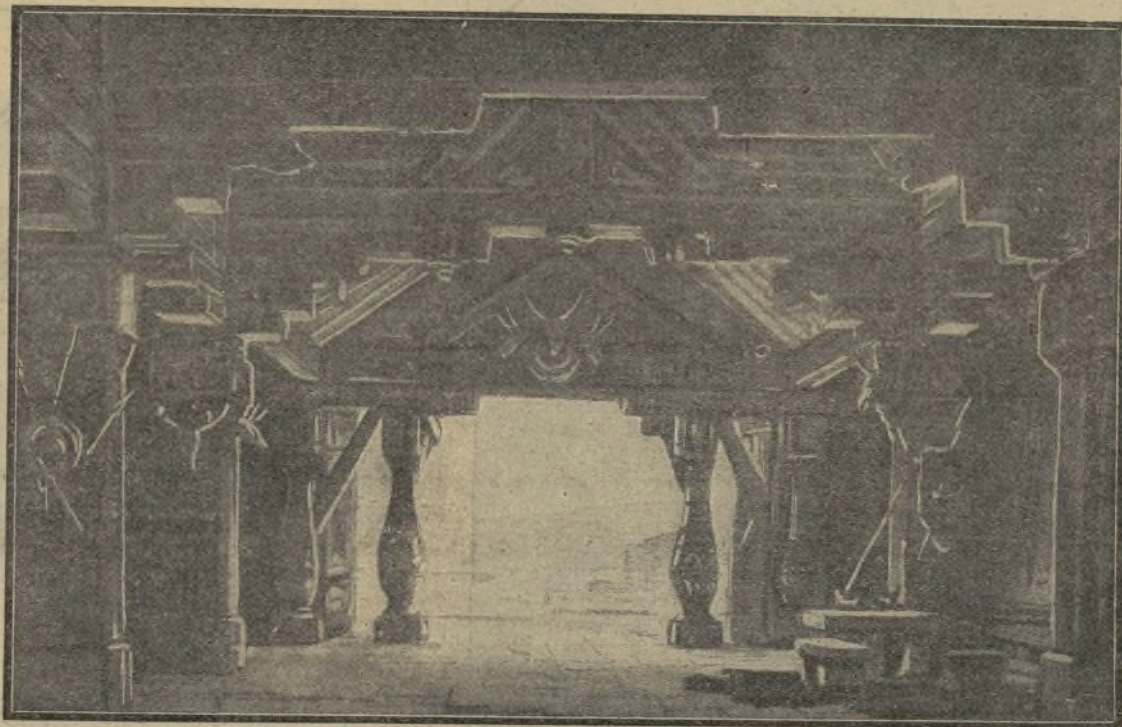


LA BELLA GUERRERO
EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA



"EL OCASO DE LOS DIOSES".---SU ESCENOGRAFÍA

OTRO GRAN TRIUNFO DE AMALIO FERNÁNDEZ EN EL TEATRO REAL DE MADRID



SALÓN (HALL) DEL PALACIO DEL REY



FACHADA EXTERIOR DEL HALL Y VALLE SOBRE EL RHIN



ACTO TERCERO.—BOSEQUE—CUADRO PRIMERO



PRELUDIO Y SEGUNDO CUADRO



APOTEOSIS FINAL

Aún suena para Amalio Fernández los aplausos del gran éxito logrado con la escenografía de *Margarita la tornera*, y pueden los inteligentes prepararse á iguales manifestaciones de entusiasmo por el soberbio trabajo que el ilustre pintor ha realizado por la grandiosa obra wagneriana. Conservando, como era de rigor, la disposición general imaginada por el inmortal autor de la *tetralogía*, Amalio ha sabido llevar mucho de su personalidad en la obra, poniendo de relieve la maestría con perfecciones de la perspectiva, y la riqueza fastuosa siempre ento-

(Fotografías Alfonso.)

nada del colorista. Amalio, que con frecuencia hizo estudios del natural en Alemania, ha trasladado al lienzo de las decoraciones, con fidelidad absoluta, la imagen pictórica de las riberas del Rhin, los azulados reflejos de su corriente y la dulce tonalidad de las umbrías. De seguro aparecerá triunfador otra vez Amalio en la escena del Real, y bien la merece por su arte soberano.

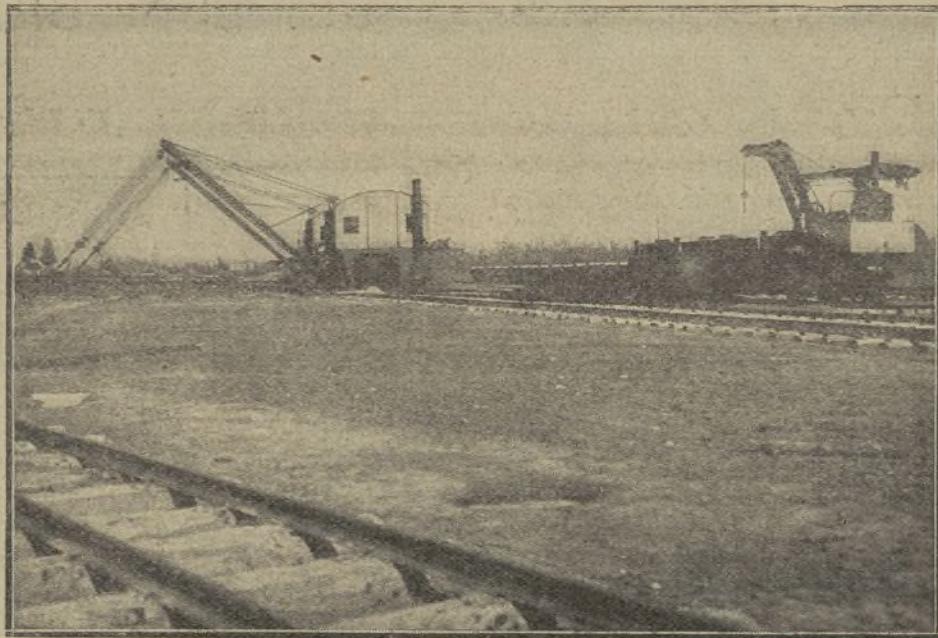
SAINT-AUBIN

Ayuntamiento de Madrid

LOS REYES DE ESPAÑA EN SEVILLA



COMISIÓN DE LA JUNTA DE OBRAS DEL PUERTO, PRESIDIDA POR EL INGENIERO DIRECTOR D. P. MOLINI, QUE INVITÓ A D. ALFONSO A LA INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS DE LA CORTA DE TABLADA



LUGAR DONDE SE CELEBRARÁ LA INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS DE LA CORTA DE TABLADA EL 25 DEL CORRIENTE, CON LA ASISTENCIA DE S. M. EL REY (Fotografías Ismael Pérez Giralde).

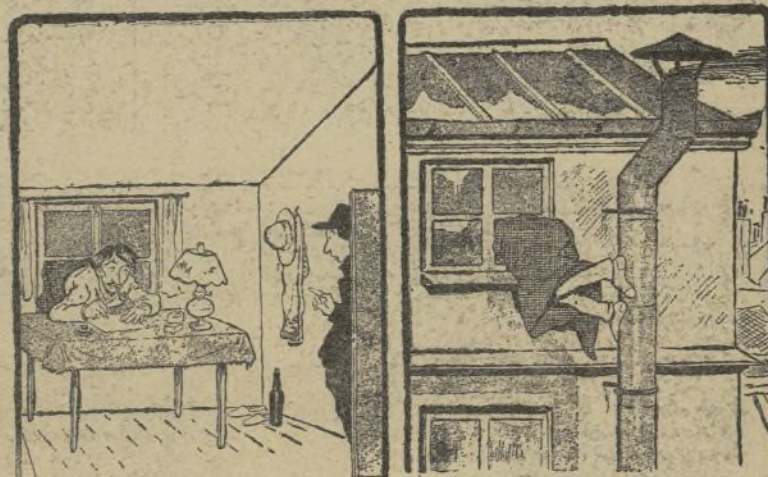


LOS PERIODISTAS QUE HACEN LA INFORMACION EN EL ALCÁZAR.—DE ZQUIERDA A DERECHA: SEÑORES LABIOS, DE *La Correspondencia de España*; QUINONES, DE *El Correo de Andalucía*; HERNÁNDEZ MIR, DE *El Mundo*; OREJUELA, DE *El Heraldo de Madrid*; SANCHEZ DE NUEVO MUNDO; CAMPÚA, idem; SARRO, DE *El Noticiero Sevillano*; G. N., DE *ABC Y Actualidades*; PEDRAZA, DE *El Liberal*, DE SEVILLA



EL EMBAJADOR DE FRANCIA, MR. REVOIL, Y EL GENERAL D'AMADE, SALIENDO DE LA ESTACIÓN DE SEVILLA, A LA LLEGADA DEL EX JEFE DE LAS FUERZAS FRANCO-ESPAÑOLAS DE CASABLANCA

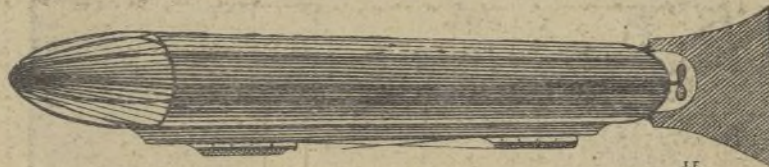
LOS "MONOS", DE XAUDARÓ EN PARÍS



En el cuarto del poeta:
—¿Cómo puedes trabajar con este frío tan horrible?

—Es que, gracias á una martin-gala que he descubierto, disfruto de calefacción para los pies.—(Rions.)

Un globo dirigible español.



Recientemente, nuestro colega *Ejército y Armada* daba la noticia de que el Sr. D. Julián José Iglesias Blanco se estaba ocupando de la construcción de un globo dirigible, en un todo diferente de cuanto hasta la fecha se ha hecho.

Dado el interés tan grande que estos asuntos despiertan en el mundo entero, publicamos los siguientes datos que nos facilita el inventor:

«Hace ya tiempo que vengo estudiando el problema de dar dirección á los globos, y llevo hechos experimentos que me han dado un resultado verdaderamente satisfactorio. Mi modelo de globo dirigible será construido de la forma siguiente:

Su estructura será análoga á la del alemán *Zeppelin*, cubirá unos 3.000 metros e irá provisto de dos hélices, emplazadas en las bandas del globo, cuya cubierta y armazón serán de aluminio.

Interiormente estará dividido en seis compartimentos. La fuerza propulsora será un motor *Panhar* de 100 caballos, emplazado en una de las barquillas, que irán fijas al globo por medio de una quilla donde descansa toda la armazón de éste, imprimiendo el movimiento de rotación á los ejes de las hélices, por medio de engranaje.

El timón irá emplazado en la misma popa del globo, y tendrá movimiento propio, asemejándose á la cola de un pescado.

De este modo resultará que el globo tendrá fuerza efectiva en sí mismo, y por muy fuertes que puedan

ser las corrientes de aire tendrá suficiente fuerza para poderlas contrarrestar, al igual que le sucede á un vapor con las corrientes submarinas. La misma potencia del globo evitarán los bandazos tan grandes que suelen dar los hoy construidos, y no ofreciendo ningún peligro el ir las barquillas fijas á la quilla, ni ocasionando la menor incomodidad á sus tripulantes.

Ahora trato de construir un pequeño modelo de 12 ó 15 metros cúbicos, con objeto de probar con esto el resultado práctico de mis estudios.

Como, naturalmente, este pequeño modelo no podrá elevarse, lo proveeré de un pequeño motor eléctrico que pondrá en movimiento una hélice emplazada á popa, y el timón también estará emplazado en la misma popa y lo haré funcionar eléctricamente y desde tierra, como es natural.

Respecto al globo grande, podrá navegar á la altura que se desee, sin traspasar, naturalmente, aquella que le proporcione su fuerza ascensional; para esto va provisto de cámaras de aire, merced á las cuales tendrá siempre á mi capricho la cantidad de lastre que me parezca.

La dirección que yo doy al globo es terminante y precisa, hasta el extremo que gira perfectamente sobre su proa al igual que un vapor de dos hélices.»

Por el diseño que reproducimos podrá el lector formarse una idea del nuevo globo dirigible.

EUGENIA FOUGERE



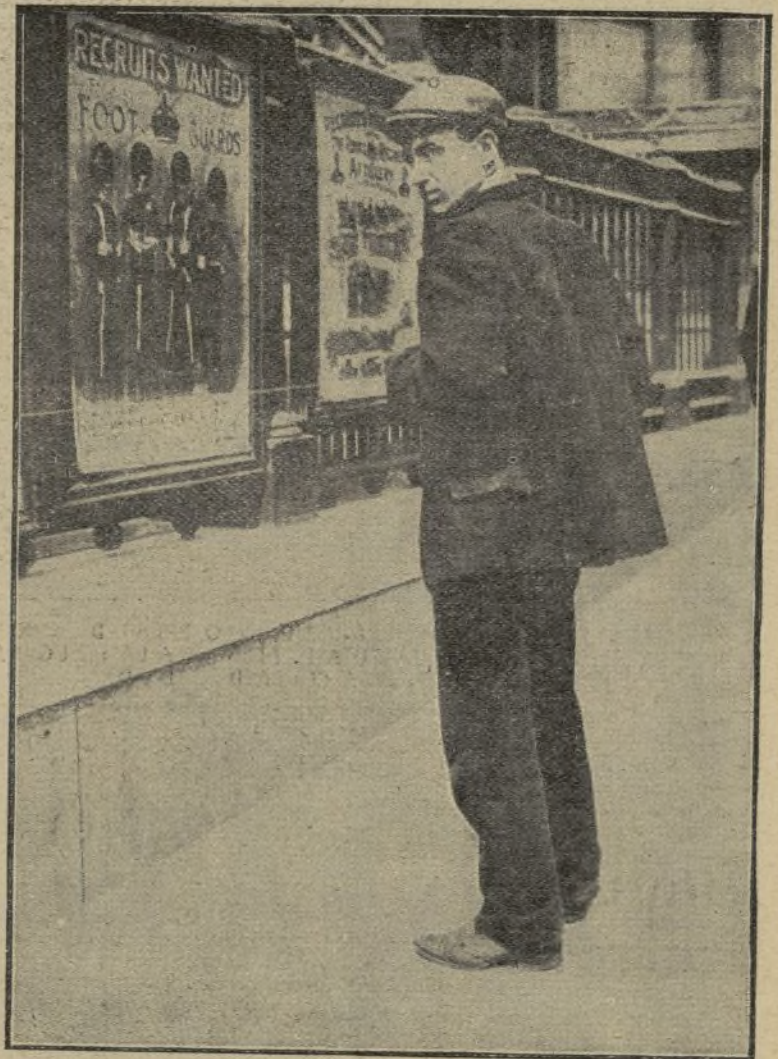
HERMOSA «CHANTEUSE» EXCÉNTRICA QUE HA DEBUTADO CON RUIDOSO ÉXITO EN EL S LÓN MADRID.—BAILA CON SIN IGUAL EOLUTURA LAS LLAMADAS «DANZAS EPILEPTICAS»



Se ha generalizado como espectáculo interesante y vistoso el baile de las serpientes. Una de sus más afortunadas cultivadoras es miss Radiath «Zwisth», que trabaja con gran éxito en el teatro Renacher, de Viena, ejecutando bellas danzas con una serpiente enredada en su cuerpo gentilísimo.

EL SERVICIO VOLUNTARIO

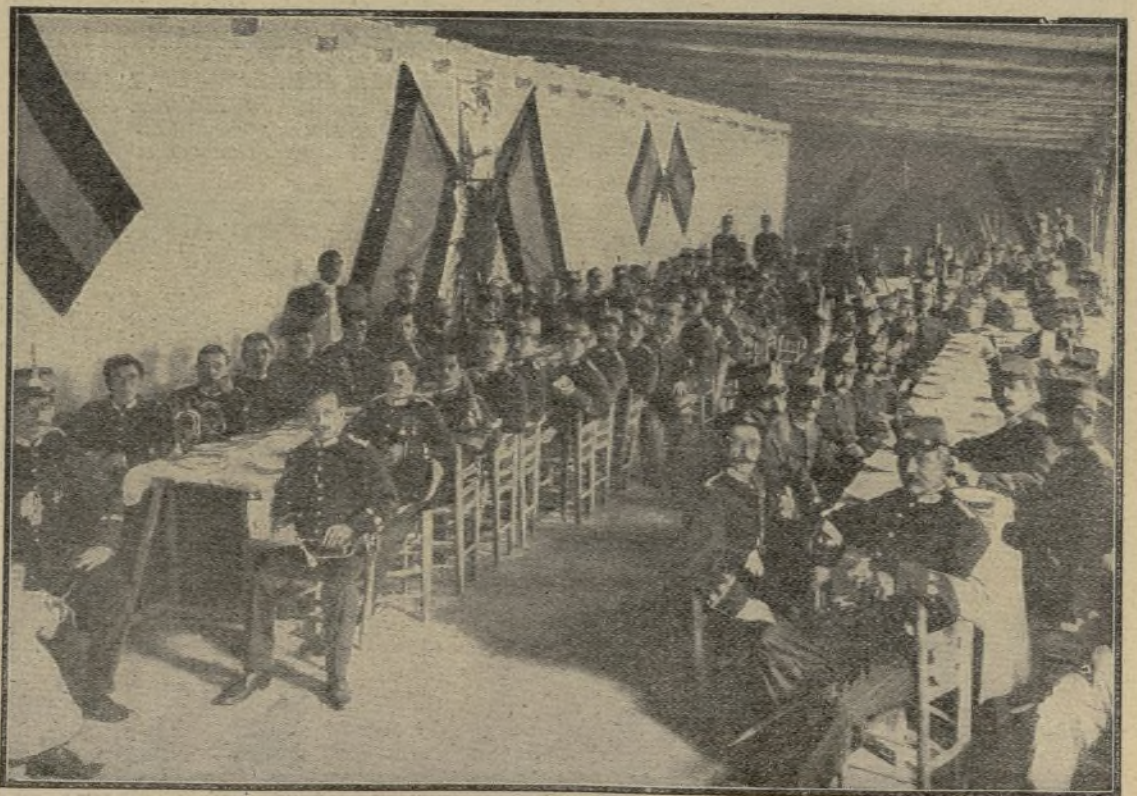
Nuevos sistemas de reclutamiento en Londres.



(Fotografía Delius.)

El ejército inglés se halla falto de soldados, y como en Inglaterra no existe el servicio militar obligatorio, los reclutadores los buscan por todos los medios. Exhiben los más vistosos uniformes, con el fin de atraer, por el esplendor de los colores brillantes, la imaginación de los que pueden alistarse en las filas. Nunca como ahora los reclutadores han desempeñado un papel tan importante, y nunca tampoco se ha esperado con tanto interés el resultado del alistamiento. El Gobierno inglés tiene necesidad actualmente de 250.000 reclutas, y está decidido a implantar el servicio obligatorio, si el antiguo sistema no da resultados. Nuestra fotografía representa un futuro soldado leyendo un anuncio, mientras sueña con glorias futuras.

La fiesta de los Veteranos de la Libertad en Barcelona.



Los Veteranos de la Libertad celebraron el domingo último, en Barcelona, una brillante fiesta organizada en honor de su patrón San Baldomero. A las once de la mañana, el batallón salió con banda de cornetas y música, de su cuartel, sito en la calle de Sadurní, dirigiéndose a la Iglesia de San Agustín, donde se celebró una misa, oficiando un canónigo en sustitución del obispo de Eudoxia, doctor Cortés, que no pudo celebrar por hallarse algo indispuerto. Asistieron a la función religiosa el gobernador militar, general Cortés; el Sr. Díaz Guijarro, en representación del gobernador civil, y representantes de todos los Cuerpos de la guarnición. Terminada la misa, el general Cortés revistó la fuerza, dirigiéndose después ésta al cuartel de la calle de Sadurní, donde se sirvió a la tropa una comida extraordinaria. Los jefes y oficiales del indicado batallón se reunieron en fraternal banquete, en el «Mundial Palace», al que asistieron también las autoridades citadas. Durante la comida hubo la mayor animación y cordialidad entre los comensales, y al final pronunciaron brindis alusivos a la fiesta que se acababa de celebrar, el coronel de Artillería Sr. Ramos, los Sres. Díaz Guijarro y Galt, y el teniente coronel Sr. Roca, en nombre de los veteranos.

ALEJANDRO SAWA



EXIMIO Y SINGULARÍSIMO LITERATO QUE ACABA DE FALLECER EN MADRID

(Fotografía Company.)

SU AUTOBIOGRAFIA

Yo soy el otro; quiero decir, alguien que no soy yo mismo. ¿Que esto es un galimatías? Me explicaré. Yo soy por dentro un hombre radicalmente distinto a como quisiera ser, y por fuera, en mi vida de acción, en mi manifestaciones externas, la caricatura, no siempre gallarda, de mí mismo.

Soy un hombre enamorado del vivir, y que ordinariamente está triste. Suenan campanas en mi interior llamando a la práctica de todos los cultos, y me muestro generalmente escéptico. Con frecuencia mis oraciones íntimas, que ledamente yo a mí mismo me susurro, rematan en blasfemias que, al salir de mi boca, revientan con estruendo. Yo soy el otro.

En grave perplejidad me pondría quien me preguntara por la piosidad de mis ideas. Yo las cojo a brazadas, como las flores un alquimista de perfumes, por todos los jardines de la ideología, y poco me importa el veneno de sus jugos, si huelen bien y con el esplendor de sus tonos me sirven para alegrar la vida. Las ideas-rosas, las ideas-tulipanes, las ideas-magnolias las uso para decorar mis faustos interiores, pero no por eso reniego de cardos y ortigas, que me sirven por contraste para amar con mayores arrebatos las flores bellas de la vida.

Quiero al pueblo y odio a la democracia. ¿Habrá también galimatías en esto? Está visto que a cada instante he de volver sobre mis palabras para hializar su alcance.

En los días de sol leo a Hobbes y Schopenhauer, para no abrazar a toda la gente con quien me topo por las calles. Como un elemento químico circula entonces el amor por la sangre de mis venas. Y nada parece más fácil a mi mentalidad en esos días, que abarcar entre mis brazos a la humanidad entera. Nacido en un país de brumas, en Inglaterra, yo sería malo quizás.

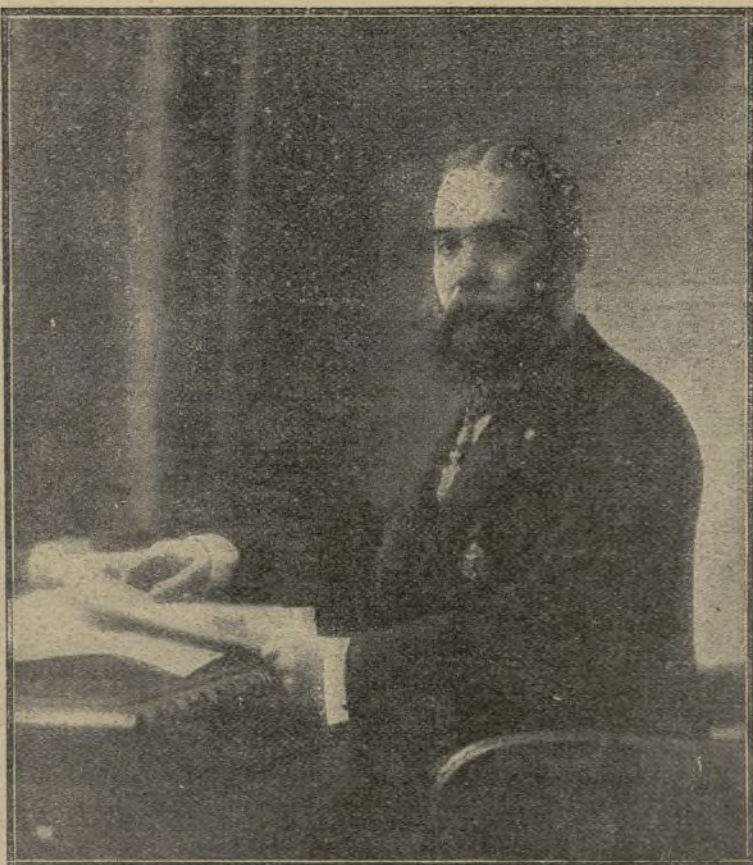
He nacido en Sevilla, va ya para cuarenta años, y me he criado en Málaga. Mis primeros tiempos de vida madrileña fueron estupendos de vulgaridad—¿por qué no he de decirlo?—y de grandeza. Un día de invierno en que Pi y Margall me ungió con su diestra reverenda, concediéndome jerarquía intelectual, me quedé a dormir en el hueco de una escalera por no encontrar sitio menos agresivo en que cobijarme. Sé muchas cosas del país Mi-eria; pero creo que no habría de sentirme completamente extranjero viajando por las inmensidades estrelladas. Veome vestido con un ropón negro de ofandad cuando recuerdo aquel periodo; pero yo llevaba por dentro mis galas. Eso me basta para mitigar el horror de algunas rememoraciones...

En poco más de dos años publiqué, atropelladamente, seis libros, de entre los que recuerdo, sin mortales remordimientos, *Crimen legal*, *Noche*, *Declaración de un vencido* y *La mujer de todo el mundo*. Luego mi vida transcurrió fuera de España—en París generalmente—, y a esa porción de tiempo corresponden los bellos días en que vivir me fué dulce. Poseo un soneto inédito de Verlaine, y creo con Cándido que todas las utopías generosas de hoy, podrán ser las verdades incontrovertibles de mañana.

Pera basta.

Yo soy el otro.

Alejandro SAWA



EL CATEDRÁTICO D. PEDRO MOYANO, NOMBRADO PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE NATURALISTAS ESPAÑOLES

(Fotografía Freudenthal.)

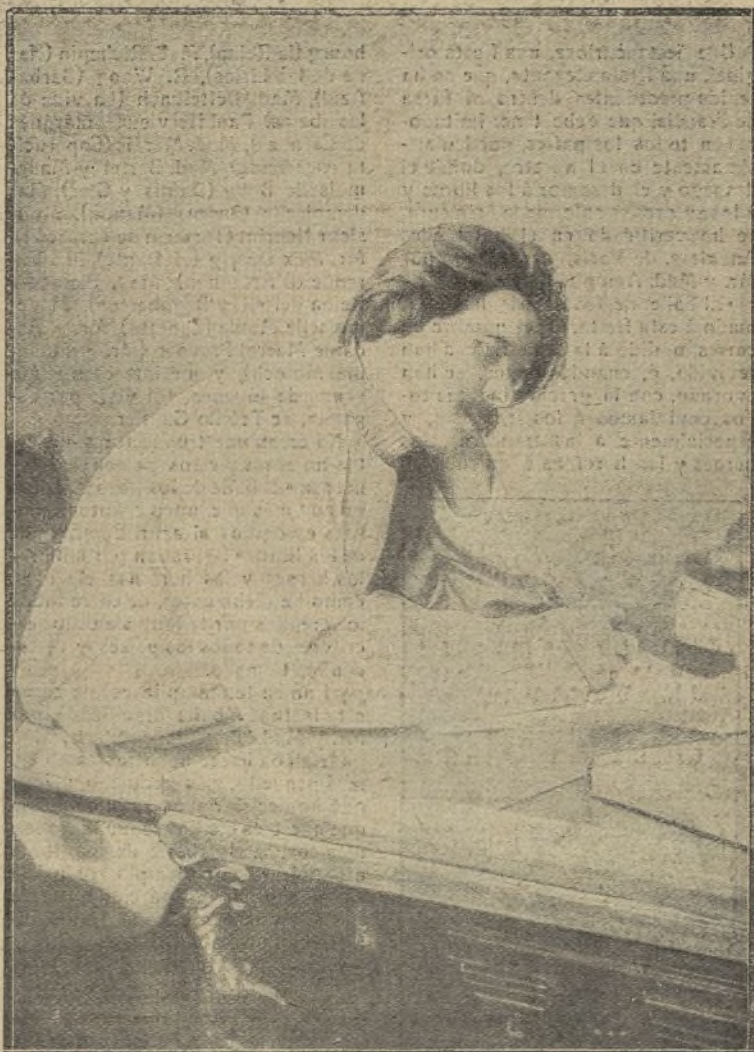
UN INVENTOR ORIGINAL Y FELIZ



El problema, al parecer imposible de resolver, de ganar siempre en el juego, asegura haberlo resuelto Mr. Simón, de Berlín, inventor de un nuevo sistema de ruleta. Efectivamente, en las pruebas verificadas, Mr. Simón gana siempre. En series de 20 partidas, triunfa en 18 seguramente y sólo pierde en 2.

(Fotografía Delius.)

El novelista Máximo Gorky.



Noticias de San Petersburgo dan cuenta de que la policía ha expedido una orden de aprehensión en contra de Máximo Gorky, famoso novelista ruso. La orden se refiere a Gorky, como un Nijni-Novgorod, pintor de casas.

La carrera de Máximo Gorky, escritor realista y revolucionario, que se halla ahora en la isla de Capri (Italia), ha sido muy azarosa casi desde su nacimiento en 1868. Hijo de un tapicero, quedó huérfano a los cinco años, y poco después se escapó de la casa de un pintor que le había recogido en calidad de aprendiz, y desde entonces tuvo que proveer por sí mismo a sus necesidades.

A los quince años Gorky era un estudiante con ideas propias, que desde entonces le han costado muchas penas. Muchas veces ha estado preso, acusado de sediciones contra el Gobierno, siendo uno de los casos más ruidosos su arresto en Riga, en Enero de 1905, por su participación en el levantamiento de San Petersburgo.

Durante la primavera de 1906, Gorky hizo su primer viaje al Extranjero, con el principal objeto de evitar más detenciones; era ya entonces el ídolo del pueblo, y en Nueva York se le recibió con demostraciones de la mejor amistad, hasta que se descubrió que la mujer con quien viajaba no era su esposa legítima. Esto le enajenó el sentimiento público y le valió que se le rehusara hospedaje en algunos de los hoteles de Nueva York. A consecuencia de este desengaño, después de un corto periodo de reclusión, salió del país quejándose de él amargamente.

En 1907 se supo que Gorky, que se hallaba residiendo en la isla de Capri, cerca de Nápoles, se había casado con la señorita Andreiva, la misma con quien había ido a los Estados Unidos.

Se asegura que el Gobierno italiano no tiene conocimiento de la orden de aprehensión dictada contra Gorky, ni se han dado pasos algunos para obtener su extradición.



CONCURRENTES AL BANQUETE CELEBRADO EN HONOR DE LOS AUTORES DE «MARGARITA LA TORNERA», POR INICIATIVA DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

LA BAILARINA Y EL LORD



EL PROCESADO ENRIQUE ROPHON



EL PROCESADO JOSÉ SÁNCHEZ

Ayuntamiento de Madrid

EL BAILE DE LOS LIBROS

Una fiesta curiosa, una fiesta original, una fiesta elegante, que no ha tenido precedentes dentro ni fuera de Francia, que debe tener imitadores en todos los países, particularísimamente en el nuestro, donde el despego y el desamor a los libros y a los autores es enfermedad sin cura, se ha verificado en el hotel «des Annales», de París, organizado por Mr. y Mad. Adolphe Brisson.

«El baile de los libros» hase llamado a esta fiesta. Y el nombre ha correspondido a la cosa. En ella han revivido, ó, cuando menos, se han evocado, con la gracia fina que todos envidiamos a los franceses, y especialmente a las francesas, los héroes y las heroínas a quienes los



DAFNIS CLOE
(Mme. Bartet y M^{lle}. Bovy.)

escritores de todos los países y de todos los tiempos han dado vida y fama.

Desde el momento en que comenzaron a hacerse las invitaciones, en los círculos literarios, artísticos y políticos, en los saloncillos de los teatros, en las reuniones mundanas, en todas partes, las preguntas eran éstas:

— ¿Qué libro representa usted en el baile de Brisson? ¿Qué personaje, qué protagonista, qué héroe, encargará usted? ¿Tiene usted invitación para «El baile de los libros»?

La fiesta resultó sencillamente maravillosa. Los relatos de los periódicos y las fotografías publicadas por muchos de ellos no pueden dar sino una idea muy imperfecta. Sería preciso haberse contado entre el número de los venturosos mortales que



«LA VIDA DE LAS ABEJAS»
(Mme. Dettelbach.)

asistieron, para poder dar en estas líneas una ligera noción de cómo fué ese baile originalísimo.

Entre los libros y personajes representados, y quienes los representaron, figuraban Mr. Richepin (el rey), Mad. la Baronne de Pierre-

bourg (la Reina), Mad. Richepin (Hada de los Lirios), R. Woog (Barba-Azul), Mad. Dettelbach (La vida de las abejas), Paul Hervieu (el marqués de Carabas), Mad. Marais (Caperucita encarnada), Mad. Bartet y Mademoiselle Bovy (Dafnis y Cloe), Mademoiselle Clarens (Manon), Monsieur Henriot (Tartarín de Tarascón), Mr. Max Dearly (el Dante), Mr. Varenne (D'Artagnan), Mad. Pierat (la Reina del «Rey Degoberto»), Mademoiselle Maille (Zanetto), Mr. y Madame Marcel Prevost (Mr. y Madame Moloch), y un interesantísimo grupo de jóvenes, «El viaje por España», de Teófilo Gautier.

No crean nuestros lectores que estos nombres y estos personajes formaban «El baile de los libros». Estos no son más que unos cuantos nombres escogidos al azar. En «El baile de los libros» figuraban por millares los héroes y las heroínas, elegidos, como he dicho antes, de entre todos los creados por la fantasía de los escritores de todos los países y de todos los tiempos.

¿i no en tan amplia escala como este fastuoso baile organizado por Mr. y Mad. Brisson, en París, algo podríamos hacer nosotros también, más pequeño, más reducido, y ¿por qué no decirlo? más pobre, puesto que nuestros medios económicos son más cortos. Un «baile de los libros españoles», por ejemplo, reduciría en mucho las proporciones de la fiesta, y creo yo que podría intentarse con probabilidades de éxito.

¿Hace, maestro Cavia?

Antonio SOTOMAYOR

Más atentados de la mano negra.

Otra vez la terrible institución italiana de la mano negra ha recurrido a su nuevo método de atentados, que de poco tiempo a esta parte está utilizando en Nueva York para cometer sus abominables crímenes.

El nuevo método consiste en arrojar bombas de dinamita desde los coches del tren elevado en movimiento.

El nuevo atentado se cometió hace poco desde el tren elevado de la Segunda Avenida, al pasar por la acera comprendida entre las calles 106 y 107.

La bomba fué dirigida a la casa en que vive José Arano, que tiene una panadería a unas cuantas puertas distante de su residencia, y a quien han estado enviándose cartas amenazadoras exigiéndole dinero.

La explosión de la bomba fué terrible, causando la ruptura de cristales y puertas y dando origen a una alarma considerable en el vecindario, que hizo necesaria la intervención de las reservas de policía.

Seis personas resultaron heridas, entre ellas Arano y su hijo.

Cinco mil pesos por una uña.

Cuando el maestro de pianoforte Ignace Paderewski, ejecutaba en Carnegie Hall, ante una audiencia muy numerosa, una de las famosas sonatas de Beethoven, sufrió una pequeña rajadura en la uña del índice derecho, que le valdrá cobrar cinco mil pesos.

El afamado pianista tiene asegurados cada uno de los dedos de sus manos en cinco mil pesos, y el menor accidente que sufran es bastante para hacerlo acreedor al pago de su póliza.

Aunque el accidente que sufrió en la uña de su índice no fué de tanta consideración que no le permitiera proseguir ejecutando su interesante y difícil programa, fué bastante, sin embargo, para que se viera obligado a rescindir por telégrafo el contrato que tenía celebrado para un concierto al siguiente día en Filadelfia, para exigir la intervención de uno de los mejores cirujanos, que atendió con el mayor cuidado el precioso dedo, y para imposibilitarlo para tocar por un corto tiempo.

Ya ha cobrado en otra ocasión el gran pianista una respetable indemnización por un accidente que sufrió en un tren en 1905, y en el que sufrió una ligera lesión en los dedos.

EL GENERAL D'AMADE EN MADRID



Recepción celebrada en la Embajada francesa de Madrid en honor del general d'Amade, ex jefe de las fuerzas franco-españolas en Casablanca.
Fotografía Aljonso

EL ARTE DE MOLDEAR LA NARIZ



Los que tengan una nariz de forma antipática, por nacimiento ó por accidente, acuérdense de un cirujano berlinés (no es reclamo), Dr. Jacques Joseph, que ha hecho un estudio especial de esta desgracia que aflige a gran parte de la humanidad y promete corregir los errores de la Naturaleza en cuanto se refiere al apéndice nasal.

EL LENGUAJE AMOROSO DE LOS SELLOS



Según su colocación en el sobre respectivo, los sellos expresan deseos, preocupaciones, preguntas y respuestas. Constituyen un lenguaje mudo al parecer, pero elocuentísimo en el fondo.

Nuestras novelas cortas.

La brillante serie de "novelas cortas" que ha inaugurado LA SEMANA ILUSTRADA, merece coleccionarse por nuestros lectores.

Estas interesantísimas e inéditas narraciones están llamadas a alcanzar cada día mayor éxito. Así es que conviene solicitar sin demora de nuestra Administración los números atrasados que falten.

Hasta ahora van publicadas las siguientes novelas, que pueden adquirirse, con sus números respectivos, al precio corriente de diez céntimos:

- 1.—La hija de Dios, por José Ro-camora.
- 2.—El amor y el mar, por Rafael López de Haro.
- 3.—El primer olvido, por Gustavo Vivero.
- 4.—Los perseguidos, por Par-meno.
- 5.—La vida rota, por José Francés.
- 6.—El monte de las Angustias, por Juan Pérez Zúñiga.
- 7.—Escarmentados, por la Conde-a de Pardo Bazán.
- 8.—La Vampiresa, por Emiliano Ramírez Angel.

Seguirán "Novelas cortas" por Joaquín Dicenta, Jacinto Benavente, Jacinto Octavio Picón, Pedro de Ré-pide, Benito Pérez Galdós, Eugenio Sellés, José Ortega Munilla, Azorín, José Francos Rodríguez, Ruben Darío, Enrique López Alarcón, Manuel Linares Rivas, Luis de Tapia, Manuel Bueno, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Vicente Blasco Ibáñez, Luis Bello, Antonio Cortón, Francisco Acebal, Manuel Machado, etc., etc.

La "Novela corta" vale por sí sola más de los diez céntimos á que se expende LA SEMANA ILUSTRADA.

Una suicida de ocho años.

En Bolívar, Estado de Pennsylvania, ha ocurrido un suicidio que probablemente no tiene precedente. May Estella, niña de ocho años de edad, se quedó huérfana de madre hace poco tiempo, y se encargaba de cuidar á sus dos hermanos menores. Una de las últimas noches, dijo á su padre: "Papá, voy á díspararme un tiro", y acompañando la acción con las palabras, se disparó un balazo en la sien, quedando muerta en el acto.

Un gran concurso de "bebés."

LA SEMANA ILUSTRADA sigue experimentando extraordinarias reformas que darán á su texto y grabados variedad é interés cada vez mayores.

Una de las mejoras que desde luego ofrece, es la organización de Concursos curiosísimos y amenos, que tendrán además el aliciente de artísticos y valiosos premios.

Nuestro primer Concurso de esta serie, es el de "bebés" que inauguramos el número pasado publicando una bella plana con fotografías numeradas para la votación.

No se admiten votos hasta que terminemos la publicación de todos los retratos que se reciban. Se desecharán las fotografías que no sean realmente bellas y artísticas.

Los originales fotográficos de "bebés" para este Concurso deberán enviarse al director de LA SEMANA ILUSTRADA, Colegiata, 7, casa del Heráldo, Madrid.

En números sucesivos se dará cuenta de los premios y de las condiciones á que se ha de ajustar la votación; así como también contaremos á cuántas dudas se ofrecen á nuestros lectores.

El hombre más viejo del mundo.

En la ciudad de Guadalajara (Méjico), vive el hombre que probablemente es el más antiguo del mundo. Se llama José Guadalupe Alcalá, y acaba de celebrar el 139 aniversario de su nacimiento.

Nació en aquella ciudad en la época de los virreyes españoles y tenía cuarenta años de edad cuando Méjico se constituyó en República independiente.

Ha vivido en tres siglos diferentes, y hasta hace poco tiempo, en que su inteligencia ha comenzado á flaquear, podía conversar cuerda-mente de acontecimientos que ocurrieron en los diferentes siglos de su vida. Su salud es todavía buena.

Esposo de cincuenta mujeres.

En Chicago ha sido condenado á prisión, por tiempo indefinido, Harry J. Bauman, conocido por el doctor Hermand Brand, acusado de haberse casado cincuenta veces en di-

versas ciudades de este país y del extranjero, y de haber defraudado á cada una de sus esposas por una suma que en conjunto excede de 50.000 francos.

EPIGRAMAS

Murió el borracho Briones, y contemplando su esposa los tres pares de blandones que le alumbraban, llorosa y con aire atribulado, decía en su desconcierto: —¡Pobrecito! Está alumbrado aun después de haberse muerto.

Un afamado pintor, retratista sin igual, ha hecho el del mudo Grajal con muchísimo primor. Y según van declarando cuantos la pintura ven, el retrato está tan bien que parece que está hablando.

Por Rosa, que es un hechizo, quiso Ruiz pegar á Lara. —¿Y Lara no le hizo cara? —No, señor; se la deshizo.

Rafael MAROTO.

Robo de un cuadro famoso.

Cuando desapareció hace días de nuestro museo del Prado una modesta copia de un pequeño cuadro, como diría Azorín, se habló de imprevisiones, de faltas de personal, de graves peligros y de agramados responsabilidades.

Pues bien; el mismo día que en Madrid se robaba la obra artística de referencia, en New-York, en la gran metrópoli yanqui nada menos, desaparecía de una galería de pinturas que hay en la biblioteca pública de Lenox (Lenox Library), un magnífico cuadro de mucho valor, debido al pincel del famoso pintor francés Antoine Emile Plassan. Para perpetuar el robo debió haber sido cortado el lienzo de la pintura con una cuchilla muy afilada, pues solamente se encontró el marco en que se hallaba.

El cuadro se titula *La madre y la hija*, y es tan conocido en Nueva York, que se cree difícil que el ladrón pueda venderlo allí, sin ser atrapado.

Colecciones artísticas de LA SEMANA ILUSTRADA

JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO

CUADROS PUBLICADOS

Serie Velázquez.

- 1.—Los borrachos.
- 2.—La fragua de Vulcano.
- 3.—Mercurio y Argos.
- 4.—La rendición de Breda.
- 5.—Las Meninas.
- 6.—La coronación de la Virgen.
- 7.—San Antonio y San Pablo.
- 8.—El bobo de Coria.

Serie Murillo.

- 1.—La adoración de los pastores.
- 2.—La Virgen del Rosario.
- 3.—La Purísima Concepción.

Serie Ribera.

- 1.—Un santo ermitaño en oración.

CON LA GUITARRA

Cuando pasas por mi lado sin levantar la cabeza, me paro, te miro y pienso ¡Dios mío y esta es aquella...

En lucha con mis pasiones voy arrastrando esta vida, perdidas las ilusiones y la esperanza perdida.

Tengo tan dentro de mí tu imagen y tu cariño, que igual te siento en mi sangre que en el aire que respiro.

Me han dicho no sé qué cosa que vas diciendo de mí, sin ver que son tuyas propias

Cuanto afán, cuando se es niño, por llegar á ser un hombre, despreciando tanta dicha por buscar tantos dolores.

Ricardo E. BLANCO.

ANTICIPOS DE LA MODA



Durante las pasadas fiestas del Carnaval en París se exhibieron por los boulevares los primeros modelos de los trajes que han de usar las señoritas en la próxima primavera.

(Fotografía Delius.)

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—En las planas primera, segunda y tercera del número próximo:

LOS VENTEROS DE DAIMIEL

Tradición, por Pedro de Répide.

A todos los que se suscriban durante la semana entrante á

La Semana Ilustrada

recibirán gratis el número anterior, con el principio de nuestro folletón encuadernable

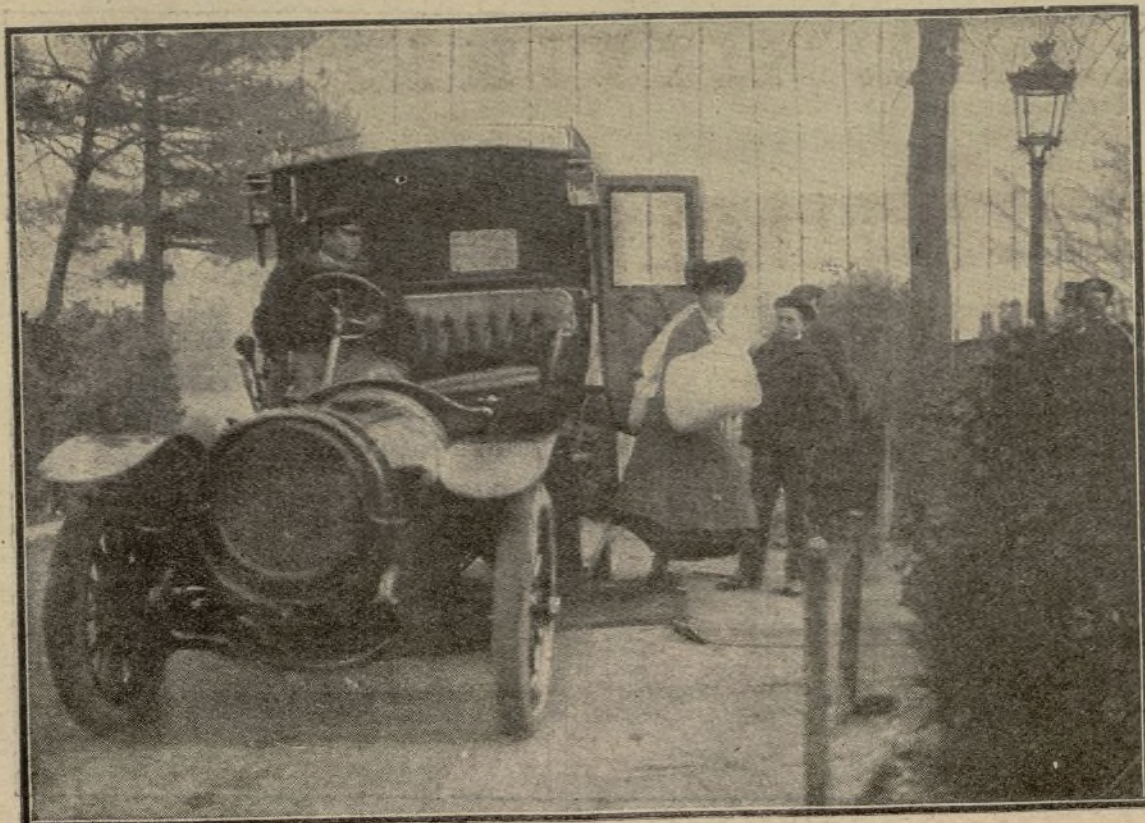
AQUÍ HASE FARTA UN HOMBRE

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

Dos reales al mes en toda España.

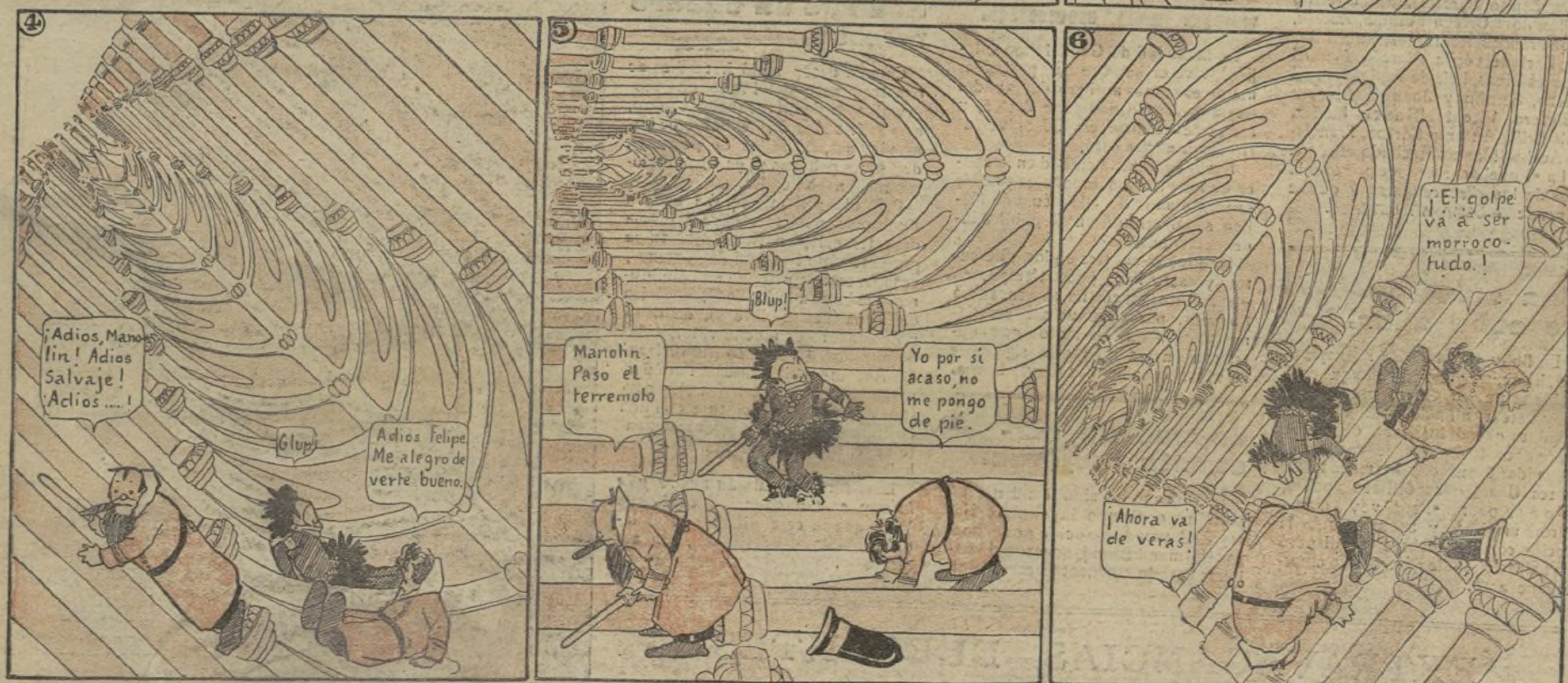
Los originales literarios y las fotografías no se devuelven.

EXTRAVAGANCIAS ELEGANTES



Las dimensiones que alcanzan los manguitos han llegado á su límite. Esta prenda femenina, que en su origen servía para preservar del frío las manos delicadas de las señoras, llega en estos momentos á tomar la forma y el tamaño de una almohada. Es un verdadero martirio para las elegantes que se creen obligadas á llevarlo. Por eso algunas, como indica nuestra fotografía, sólo lo usan cuando van en automóvil.

(Fotografía Delius.)



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD»

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL HERALDO DE MADRID, CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 7.

Ayuntamiento de Madrid